

**¿ ESCRIBIR ES TU CUENTO?
¡CUÉNTANOS TU CUENTO!**

**CONCURSO INTERNO DE CUENTO
UNIVERSIDAD DE PAMPLONA**



**PROGRAMA DE LICENCIATURA EN
LENGUA CASTELLANA Y COMUNICACIÓN
UNIVERSIDAD DE PAMPLONA**

UNIVERSIDAD DE PAMPLONA

Rector

IVALDO TORRES CHÁVEZ

Vicerrectora Académica

LAURA PATRICIA VILLAMIZAR CARRILLO

Vicerrector de Investigaciones

OSCAR EDUARDO GUALDRÓN GUERRERO

Decano Facultad de Educación

BENITO CONTRERAS EUGENIO

Directora Departamento Lenguas y Comunicación

SONIA PATRICIA GÓMEZ SILVA

Directora Programa de Lengua Castellana y Comunicación

ROSA AURA CELIS DUARTE

Compilador y Editor

JUAN FRANCISCO DÍAZ GONZÁLEZ

ISBN: 978-958-56670-0-6

Diseño y Diagramación

JAIME EDUARDO VARGAS JÁUREGUI

Vicerrectoría de Investigaciones

PREFACIO

El concurso interno de cuento “¿Escribir es tu cuento? ¡Cuéntanos tu cuento!” Es producto del deseo del Programa de Licenciatura en Lengua Castellana y Comunicación de la Universidad de Pamplona, por resaltar la capacidad creadora de los estudiantes, la cual, en su mayoría, surge del gusto por la lectura y de la inquietud por descubrir otros mundos, personajes verdaderos y ficticios, culturas, religiones y tradiciones que a la postre son plasmados en textos que resultan verdaderamente sorprendentes.

Desde esta perspectiva, es procedente resaltar la gran importancia que tiene el proceso de escritura en el contexto educativo, pues este, generalmente, es producto de otro importante proceso, el de la lectura, que, a través de los años, se ha convertido en un serio problema tanto para estudiantes, como para los mismos docentes, lo cual se evidencia en las pruebas internas y externas que presentan los estudiantes en los diversos niveles de formación.

En tal sentido, el escritor y periodista Isaías Romero Pacheco expresa que “Es la escritura y la lectura la verdadera herramienta que facilitará los profundos cambios que requiere el país. Han sido suficientes años de políticas educativas que están a espaldas de la lectura como mecanismo de transformación social”.

Por su parte, Jorge Cardona Alzate, editor general del diario El Espectador afirma que “no podemos pretender escribir bien si no leemos..

Y la lectura es la clave y el elemento fundamental para la vida misma. No hay un solo espacio en nuestra vida que no esté atravesado por la lectura y a veces nos damos el lujo de pasar un día sin leer algo”.

Con base en lo anterior, se infiere que el concurso representa, para los estudiantes de la Universidad de Pamplona, una motivación a escribir y mejorar aspectos importantes como la redacción y la ortografía, los cuales hacen parte fundamental de su desempeño académico en las diferentes áreas de estudio.

Por tanto, es preciso mencionar la gran acogida del concurso por parte de los estudiantes en mención, de ello dan cuenta los más de 200 cuentos recibidos en tan solo 30 días. De lo anterior se destaca la participación mayoritaria del género femenino (64%), así como de la Facultad de Educación (83%) y de los programas de Licenciatura en Lengua Castellana y Licenciatura en Pedagogía Infantil con una participación del 28% y 26% respectivamente.

Otro aspecto de gran relevancia y que realza la categoría del concurso, es el relacionado con los jurados, pues su alto perfil académico y profesional, dan crédito a la calidad de los textos seleccionados para formar parte de este primer volumen de cuentos de la Universidad de Pamplona, son ellos: MsC Flor Delia Pulido Castellanos, Docente, escritora y miembro de la Academia de Historia de Pamplona; Isaías Romero Pacheco, Escritor y periodista, Premio Nacional del Periodismo Cultural del Ministerio de Cultura (2011) y Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Barco de Vapor (Biblioteca Luis Ángel Arango), Doctor Juan Manuel Ramírez Pérez, Docente, Escritor, Miembro de la academia de historia de Norte de Santander, Miembro de la Academia Nacional de Historia Policial de Colombia y Director del Museo de Arte Moderno Ramírez Villamizar de Pamplona.

Otro factor de gran relevancia a destacar, es apoyo incondicional y denodado apoyo de la Oficina de Interacción Social de la Universidad de Pamplona, en cabeza del Señor Carlos Adrián Sánchez, quien, con gran sutileza, supo sortear las adversidades y dificultades para conseguir el respaldo económico para el concurso.

En lo que respecta al orden del libro, es importante destacar que los tres primeros cuentos que encontrará el lector, corresponden, en su orden, a los ganadores del concurso y los posteriores a los 18 clasificados como finalistas, haciendo claridad que las ilustraciones que se hallan en algunos de ellos, son autoría de los mismos escritores.

En el mismo sentido, es importante mencionar lo que el lector encontrará al interior de libro, retomado las palabras del escritor Isaías Romero “una importante tendencia a referirse al amor, tema además esperanzador cuando uno creyera que los jóvenes no lo consideran dentro de sus intereses. Hay amores de

todo tipo, historias débiles e historias fuertes, violentas, pasivas, demasiado dulces o ingenuas, pero en su mayoría relacionadas con un tema universal propio de la pasión y el deseo”.

Finalmente se debe mencionar el gran compromiso del Programa de Lengua Castellana y Comunicación de la Universidad de Pamplona por hacer un aporte a la academia desde la perspectiva de la lectura y la producción textual, pues es, para el cuerpo docente y las directivas, motivo de orgullo presentar el primer volumen de cuentos, producto de la campaña por demostrar la calidad de los estudiantes y de la formación que allí reciben.

Juan Francisco Díaz González
Docente Ocasional Tiempo Completo
Universidad de Pamplona
Organizador “Concurso Interno de Cuento
¿Escribir es tu cuento? ¡Cuéntanos tu cuento!

CONTENIDO

PREFACIO	5
MEMORIAS AL OLVIDO	10
LA MUERTE DE LAS MARIPOSAS DE MARZO	18
“TOYA”	25
RELATO DE UN MONJE SUICIDA DE LA ABADÍA DE SAN CLEMENTE	32
LA CITA	39
LA CASA DE LA ESQUINA	45
LA MISIÓN DEL JOVEN GUERRERO	49
SAKI: NO ESTÁS SOLO	56
LA TRISTE HISTORIA DE LA BELLA DURMIENTE	61
CIELO NEGRO EN BALMINTOWN	67
EL GOLPE	72
EL CORAZÓN NEGRO DE LAS SIRENAS	75
TRÁGICO ENSUEÑO EN UNA CAMILLA	79
ABATIDO EN LA CIUDAD	83
EL ABORDAJE	89
LA NOCHE	96
TRIFULCA DE ESPÍRITUS EN EL CEMENTERIO	102



MEMORIAS AL OLVIDO

-Gloria al padre, al hijo y al espíritu santo. Como era en un principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Concluyó el padre Darío Agudelo, que permaneció otro rato sentado en silencio con la cabeza agachada al pie de la cama con las manos entrelazadas sosteniendo fervorosamente su rosario. Hubo un silencio que se apoderó por completo de la habitación una vez cesaron los susurros trémulos de la oración, y el padre Darío seguía descansando en la silla con los ojos cerrados. Entonces sintió que alzó vuelo, flotando en medio de la modorra gris que acudía siempre a despedir la tarde, levitando en la soledad de su dormitorio ventilado, siendo cómplice del silencio. Inspiró profundo y sin querer llamó viejos recuerdos, esos recuerdos vespertinos que son siempre leales. La atmosfera suscitaba nostalgia y quiso levantarse, pero una extraña pesadez lo mantenía anclado a la silla. En ese instante llamaron a la puerta suavemente, con prudencia.

-Padrecito la comida ya está servida- dijo una voz amable y servil del otro lado de la puerta.

-Gracias Mercedes, ya voy.- vociferó el padre aguzando la voz.

Notó al abrir los ojos que ya había oscurecido y afuera la noche se jactaba de los herbazales que se extendían como un océano, interrumpido de vez en cuando por un rancho que flotaba en medio del verdor nocturno, iluminándose con una luz cetrina que daba una sensación de frío en el corazón.

Salió de su habitación y lo deslumbró el bombillo que rielaba el pasillo hacia las escaleras. En el comedor lo esperaba un pocillo que humeaba y un plato mediano con dos panes y un trozo de queso, de los cuales dejó uno de los panes sin probar, como de costumbre.

Mercedes se sentaba con él y discutían el transcurso del día que agonizaba ya en el umbral de la noche, mientras ella sorbía con ahínco un tinto caliente, que se evaporaba en el pocillo como una chimenea.

A las 8:00 p.m. Mercedes se iba y el padre Darío permanecía solo, sentado en su escritorio leyendo los filósofos clásicos y anotando atentamente los fragmentos de relevancia para él. La casa cural emanaba un silencio que suspendía la atmósfera en un absoluto discernimiento, el escritorio de madera reflejaba opaca la luz de la lámpara. Sus reflexiones de repente se interrumpieron y divagó un rato mirando las cortinas blancas que le recordaban ventanas ajenas, entonces un frío proveniente del pasado lo regresó a los libros.

-Los sofistas son como los políticos, sin llegar a ser tan inútiles, claro está. – susurró con sorna, sonriéndose un poco y pensando quizás en los diplomáticos del país.

Extendió su lectura hasta pasadas las 10:00 p.m. hora en la cual cerró el segundo tomo de los diálogos de Platón y se dispuso a dormir. Se persignó frente al cuadro del sagrado corazón, colgado en la pared tras su escritorio y fue al baño frente a su habitación. Modeló su pijama azul oscura a los muebles de la sala mientras apagó las luces y luego se encerró en su dormitorio a leer una vieja carta que sacó de una caja en el fondo de su armario llena de correspondencia amarillenta. La lámpara bañaba la habitación con una luz agradable y un aroma a madera y papel envejecido danzaba con la tenue luminosidad, adornando el ámbito con delicada tristeza. El padre Darío guardó la carta en su caja, apagó la luz de la lámpara y cayó dormido con los ojos inundados en lágrimas acres, largamente reprimidas.

Esa correspondencia empolvada oscureció los sueños del padre Darío que se sumió en un profundo viaje por la temporalidad de su vida y recordó, recordó a pesar de saber que no debía hacerlo, a pesar de obedecer cada día a una serie de actos premeditados y cadenciosos, una rutina prolijamente planeada para evitarse recordar. Sin embargo había noches desafortunadas en las cuales el pasado se desbordaba e inundaba el descanso del sacerdote, que se veía arribando por primera vez en el pueblo, desubicado y primerizo, mirando cada casa con el asombro de un niño, pensando en la magnífica labor que haría e imaginando lo recordado que sería su servicio en aquel lugar, que era inmediatamente desconocido para él. Le parecía ver por vez primera la casa cural a través del manto confuso de los sueños y escuchar los consejos del padre José, un hombre que alcanzaba ya la ancianidad y responsable de haber mantenido la fe viva en el pueblo por más de dos décadas.

-“La fe, en un pueblo como éste, se mantiene viva en los corazones de las personas, como un producto de la desesperanza y la

incredulidad en sí mismos. Dios siempre estará con los desahuciados.” – Le parecía escuchar la voz desgastada del padre José, como si se hubiese trasladado hasta aquel instante, enterrado bajo el peso del tiempo.

Volvieron a él también los recuerdos de la soledad de los primeros días, una vez el padre José se hubo ido, él asumió los quehaceres de la parroquia y mientras las personas se familiarizaban, atravesó un periodo en el cual, su única compañía eran los libros y la oración.

El sueño transcurría tranquilo bajo el aleteo indómito del pasado, el padre Darío enfrentaba lo ineludible con agallas y temple, las lágrimas se habían secado cabalgando su rostro y permanecía apacible bajo las cobijas. La habitación, bañada en una oscuridad densa, arrullaba los sueños y las memorias mohínas del padre.

Darío Agudelo era un hombre con mucho carácter, amaba a Dios, y las letras por igual, nunca rechazó un buen libro, ni permitió que su fe flaqueara, nunca cedió ante la incredulidad o el nihilismo de su tiempo, su corazón estaba siempre rebosante de esperanza, era un adorador de la belleza silencioso e inevitablemente errático a veces, cuando los textos y las reflexiones se le escapaban de la mazmorra interna, donde los mantenía. Era un hombre que creía en el sacrificio y por esa razón el servicio y la inmolación lo hacían feliz; se escuchaba cantando a Facundo Cabral, cuando aún estudiaba en el seminario mayor, “... Elegir, yo siempre elijo, más que por mí, por mi hermano, y si he elegido ser águila fue por amor al gusano.” Un adorador clandestino, un hereje, que se revolcaba entre libros, versos y entelequias manidas de libertad y amor. El padre Darío jamás se negó ante un vagabundo, ni ante un banquero, nunca volvió la espalda a un preso, ni a un ateo, no se vio nunca al padre rechazar a otro por ser miserable o muy dichoso.

El padre Darío recorría el pueblo cuando decidía alejarse de sus ocupaciones, y escuchaba y bendecía a quién lo buscaba, o parecía necesitarlo. Una tarde abrigada por un sol de verano, en uno de sus paseos, el sacerdote se cruzó en su camino a una joven que lucía un vestido rojo con puntos blancos, de piel tostada y ojos brillantes, bajo unos párpados flácidos que la bebida adormecía, con el cabello recogido en una trenza abundante, que reflejaba la ternura del verano y que revolaba como un látigo con cada tropezón. El padre se acercó, dispuesto a ayudar a la muchacha, que se incorporó al verlo con una carcajada absurda que sin querer el padre confundió con un rebuzno. Nunca va a olvidar esa tarde que conoció a Mercedes, con su trenza vomitada y su vestido trozado, siempre recordará entre sueños el curso de su vida entonces, cuando se la cruzó y sin querer se quedó con él.

Todavía se acuerda y jamás olvidará la noche, que con agua bendita y hostias consagradas, envueltas entre una sotana, todo dentro de un maletín de cuero negro, regalo de su padre cuando recién se ordenó, salió de la casa cural, directo hacía el burdel del pueblo, siguiendo el camino donde días atrás había encontrado a Mercedes, caminando con firmeza y absolutamente decidido, sin fluctuar siquiera un instante por las miradas interrogantes y el repudio de algunos que se equivocaron de sacerdote. Recuerda la penumbra y la fisicidad del aroma que casi podía sentir recibéndolo con una sucia caricia en el rostro, y el silencio tras su aparición al cruzar el umbral, las miradas sorprendidas, la muchacha impúdica que vio en él un potencial cliente y se acercó a seducirlo, toda esa voluptuosidad y el aire mustio de la desidia. El transcurso de la misa, que celebró poniendo la eucaristía sobre una mesa hedionda a cerveza y aguardiente, las muchachas con la cabeza agachada, como avergonzadas, como tristes, como marchitas en el fulgor de su belleza, añorando perdón, redención, suplicantes sin tener que decir más de lo que sus ojos exigían de la vida, delirantes y ya sin lágrimas que llorar.

¡Nunca! Jamás olvidaría los ojos de Manuela, ni queriendo, ni rezando, ni volviendo a amar, porque el amor es uno, porque no hay dos ojos tan atribulados, ni tan hermosos, ni tan verdes, ni tan ojos, como los de Manuela, porque no hay otros labios que reciban mejor a Dios como los de Dios mismo, porque uno quiere sin querer, pero no olvida nunca.

- Cuerpo de Cristo...
- Amén.

La providencia obra de maneras extrañas, pero el rito, a pesar de la irracional exaltación del padre terminó como debía, le ofrecieron agua que el sacerdote aceptó por cortesía y conversó con ellas un buen rato sin prejuicios ni pudor. Justo antes de irse, Manuela se acercó y le apuntó con los ojos directo al alma, lo atravesó su aroma desafortunado de ángel caído, agachó la cabeza, dejándola descansar sobre el hombro del padre Darío, al tiempo que tomo su mano y le dijo suavemente, como acariciándolo con la frase.

- Muchas gracias por lo que hizo por mi hermana el otro día.

¿Cómo? Cómo olvidar a Manuela, Manuelita linda, Manuelita bella, Manuelita triste, Manuelita desconsolada, sierva afligida con quien aquél hombre comparte su fe, en qué sueños podría el amante refugiarse de aquella tristeza. En qué esperanza vana han desaparecido las inviolables promesas de otros tiempos. Dónde están las plegarias cambiadas por fantasías. ¡Cuáles eran los sueños antes de la interminable pesadilla!

No olvida el papel tamaño carta, que se desvelaba escribiendo, tapizando el escritorio con palabras prohibidas, con frases inadecuadas, con metáforas inverosímiles. No olvida el sobre que él mismo sellaba, y que Mercedes entregaba a su hermana,

primero una vez por semana y después día de por medio, no olvida el camino que delineaban juntos, cuando arreglaban para verse, ni el pasto que conoció sus cuerpos, ni el sol que vistió su desnudez, ni el cielo que encubrió su pecado, no olvida el remordimiento exquisito, ni la dicha pueril de amar, de haber amado, de seguir amando. No olvida, no olvida nada, todas son memorias que acechan soledades, fantasmas que aletean sobre el pasado.

El padre Darío Agudelo lo recuerda todo, el aguacero del día anterior que ocultaba la desgracia, la misa que celebró justo antes de recordar para siempre y no olvidar jamás, la carta leída a la luz vacilante de la vela, las lágrimas de Mercedes, el dolor ahogado, muerto y enterrado dentro él. El padre recuerda la cara de Manuela a través del cristal del ataúd, las oraciones, los rosarios, las palabras de sus amigas, de su hermana, el luto, sus ayunos y penitencia en búsqueda de fortaleza, la angustia de no saber de ella, la incertidumbre de seguir viviendo con el peso de aquél secreto solo y sin alivio.

Recuerda muy bien las palabras de despedida escritas, la confusión en la tormenta, el cielo que lloraba a su ángel, entregado voluntariamente para redimir los pecados del hombre, de ese hombre que relee sin llegar a comprender aún el precio que pagó, que sueña, que vive a pesar de estar ella muerta, que defiende su pecado, que continúa con el heroísmo de seguir amando, que no para de soñar estas memorias del olvido.

El padre Darío Agudelo despertó, tenía una expresión inocua su rostro ya un poco envejecido, se estiró aún entre las cobijas, notó el aroma a rocío y melancolía que se colaba por la ventana, se sentó en la orilla de la cama, junto sus manos.

- En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo. Amén.
- Amén...

DAVID SANTIAGO CRISTANCHO AGUDELO
Facultad de Salud, Programa Medicina

LA MUERTE DE LAS MARIPOSAS DE MARZO

Recogió sus flores amarillas, guardó sus mariposas y se sentó a tomar una taza de café mientras presenciaba la puesta del sol. Supo que el tiempo había terminado. Su larga espera culminaba con olor a sal, y a algas y a todo lo que fuera mar. Tranquila, sentada en su mecedora mompoxina en la terraza de su casa, tomaba el café que ella misma había preparado en su viejo fogón de leña. Desde allí observaba a los pescadores desembarcar de sus canoas después de una ardua jornada mar adentro, los veía bajar afanados con sus cuerpos húmedos, semidesnudos, musculosos, tratando de organizar sus atarrayas y de estacionar sus embarcaciones lo más seguras posible porque la noche no pintaba nada bien.

Escuchaba a lo lejos el canto del alcaraván que llevaba diecisiete días seguidos cantando sin parar, escuchaba las olas golpeando con fuerza el malecón, un mar que empezaba a enfurecerse y fue justo, cuando las campanas de la iglesia anunciaban las cinco en punto, que escuchó las risas de su hijo corriendo por los pasillos de la vieja casona.

Carlos, a pesar de pertenecer a una de las familias más pudientes del pueblo, se mezclaba con los negros en la playa y les daba la talla al momento de subirse a los palos a bajar cocos. Llegaba de la escuela corriendo sonriente por los pasillos de la casa detrás de las mariposas, las mismas que un miércoles de marzo llegaron en manadas para quedarse, quizás para siempre. Todos lo querían, sus padres y los empleados de la casa lo amaban. Su vida cambió una tarde lluviosa de marzo cuando se dejó llevar por la curiosidad de una pequeña manada de mariposas grises que hacían círculos cerca al frondoso árbol de mamón que tenían en el patio; sin

importar la llovizna se lanzó al barro, intentó llegar a ellas y las vio desaparecer mientras se clavaba una puntilla oxidada en su pie. Con algo de sangre llegó hasta la cocina donde estaba Matilde, la cocinera, y le contó lo sucedido; preocupada, ella preparó una mezcla de cenizas de leña con limón y se la untó creyendo que solo se trataba de una pequeña herida.

Estaba equivocada, el corte le provocó tétano en una época donde aún era incurable. Curanderos, médicos del interior y hasta un especialista de Panamá trajo su padre con el fin de salvarlo pero todos los esfuerzos fueron en vano, murió un viernes santo por la tarde.

Se mecía lentamente en su mecedora con la taza de café en la mano mientras el viento acariciaba suavemente su larga cabellera blanca. –Tere, escuchó dulcemente que la llamaban sin percatarse de quien se trataba. Teresita Patrón, ese era su nombre. Nació en Tolú a mediados de los años veinte. Nieta del mismísimo Julián Patrón, amo y señor de las tierras del Golfo de Morrosquillo por mucho tiempo.

Su padre, don Crisólogo Patrón, fue un hombre muy temido por su crueldad, algunos incluso atribuían sus riquezas a un pacto con el diablo y lo respetaban más por miedo que por otra cosa. El día que nació Teresita, la menor de siete hermanas, agarró por el pelo a la partera del pueblo que meses atrás había pronosticado el nacimiento del hijo varón que tanto anhelaba, la sacó de la habitación donde realizaba las labores de parto, le ató las manos a una cuerda y la arrastró, montado en su caballo negro, por todo el golfo de punta a punta hasta causarle la muerte.

La fiesta, que llevaba dos días, se detuvo por completo en medio de un silencio ensordecedor acompañado solo por el canto del alcaraván que llevaba diecisiete días seguidos cantando sin parar. Se silenciaron los tambores de los negros en la playa, la banda papayera que llegó desde Sincelejo, el baile de fandango de las mujeres entorno a la fogata y las risas y conversaciones de los asistentes. ¡Es una niña, es una niña! Murmuraban todos. Esa misma tarde llegaron las mariposas en manada. Algunos dijeron verlas venir de mar adentro. Recorrieron los pasillos de la hacienda ubicada en las afueras del pueblo e ingresaron a la habitación donde se encontraba la madre de Teresita dándole pecho. Rodearon su cama y volaron indiferentes a los escobazos de una de las empleadas que trataban de ahuyentarlas. –Son amarillas, déjalas, traerán buena suerte-reclamó Matilde que abogó por ellas.

No tenía afán, disfrutaba cada sorbo de café que llevaba a la boca. La tarde lucía gris y el sol estaba a punto de ocultarse detrás del infinito mar Caribe. Llevaba puesto su viejo vestido de satín negro que guardó sigilosa desde la muerte de su esposo Miguel: El día del entierro durante la respectiva misa esperó de pie frente a la iglesia, sin importarle el inclemente sol de marzo que arreciaba esa mañana y en medio de la habladuría de la gente.

Sin una sola gota de sudor, se mostró impávida frente al lugar santo, regia con su vestido negro hasta las rodillas, con un velo que le cubría la mitad de la cara, un abanico en sus manos tratando de sofocar el calor y escuchando el sermón del sacerdote que no hacía otra cosa que lanzar indirectas ante su ateísmo manifiesto. Era la misma iglesia y el mismo altar donde había dejado plantado, diecisiete años atrás, a Eustacio Puerta, un joven adinerado que no tuvo problemas ante el desplante y la humillación de sacar el arma que llevaba camuflada en su traje de novio y quitarse la vida en el altar ante la mirada y el dolor de todos.

Su sangre atravesó la iglesia hasta la puerta de la entrada dejando una mancha que nunca pudo ser borrada. Y allí estuvo ella, parada justo frente al final de la mancha que desaparecía misteriosamente, sin tocarla.

Tenía diecisiete años cuando su padre la entregó en matrimonio a Eustacio, diez años mayor que ella. Lo que se presagiaba como la boda del año en la región terminó convertido en tragedia. Teresita se escapó de la casa vestida aún de novia esperanzada en encontrarse con su amor furtivo, Ramón Velásquez, un humilde pescador que días antes le prometió huir juntos a un lugar lejos del odio y poder de su padre. El pueblo estaba en fiestas y se llevaban a cabo las corralejas. Ramón juró esperarla allí después de lidiar con el primer toro y así fue: Teresita llegó a la corraleja, y ante el asombro de los asistentes subió hasta el palco para tratar de divisarlo en medio de la estampida de hombres que se encontraban dentro de la plaza esperando la salida del primer ejemplar. Iba subiendo mientras escuchaba el sonar de los voladores que anunciaban la salida del primer toro que por tradición era el más bravo de la casa. En medio del jolgorio, del éxtasis de los espectadores y del son de porro ventiao, llegó hasta la baranda y lo observó: Vestía una camisa blanca ajustada y un pantalón corto. Estaba algo ebrio y su emoción reflejaba la expectativa por la salida del primer animal. Emocionada gritó su nombre y justo cuando el miró hacia ella, el toro, que ya había recorrido media plaza abriéndose paso en medio de la multitud que trataba de salvaguardarse, lo envistió furiosamente atravesando con su cuerno su pecho. Un silencio sepulcral se tomó el recinto por segundos como en cámara lenta. El toro atravesó su pecho de lado a lado, lo levantó con fuerza y emprendió un viaje alrededor de la corraleja mientras a lo lejos se escuchaba un disparo proveniente del parque principal. Le dio una circunferencia completa a la plaza, se detuvo dejando caer ya el cuerpo

empapado en sangre, rasgando el suelo con sus pezuñas y levantando la cabeza tratando de mirar al palco principal. Teresita rompió en llanto agarrada de una de las improvisadas vigas de la corraleja, clavó sus ojos en el cadáver bañado en sangre de su amado que yacía sobre el suelo, y al levantar la vista en la misma dirección a donde miraba el toro observó a su padre, de pie, vestido implacablemente con su sombrero vueltiao, mirándola.

Como venganza don Crisólogo la entregó en matrimonio a Miguel, un joven paísa que se desempeñaba como gerente de la Oxy en Coveñas. Creyó que su vida iba a terminar convertida en el calvario que llevaba su madre con su padre, pero en cambio don Miguel la amó y la respetó como nunca pudo imaginarse. No lo llegó a amar como a Ramón, pero si lo quiso mucho. A Don Miguel no le importó su virginidad perdida, la hizo su esposa y la convirtió en la dama más respetada del pueblo pese al odio que aún despertaba por la trágica muerte de Eustacio.

Su hijo Carlos murió un viernes por la tarde. Postrado en una cama de lona gritaba desconsolado mientras se paralizaba su cuerpo y perdía la conciencia. Don Miguel recorría toda la casa dando órdenes incoherentes a los empleados mientras Teresita estaba en su cuarto arrodillada ante su altar suplicando por la salvación de su hijo que agonizaba en la habitación contigua. Justo a las cinco de la tarde una fuerte brisa ingresó abruptamente a la casa por la puerta principal abriéndola de par en par, recorriendo los pasillos y la sala, pasando por el patio y los corredores y llegando finalmente a la habitación de Teresita apagando por completo los diecisiete velones que iluminaban su abarrotado altar al mismo tiempo en que se escuchaba el último grito de Carlos. Furiosa se levantó y destruyó el altar maldiciendo a Dios, ni su patrona la virgen del Carmen se salvó de la voraz arremetida.

Nunca más pudo reconciliarse con Dios. Ni la muerte de su esposo, diecisiete años después y quien murió víctima de un paro cardíaco mientras cabalgaba en la playa, pudo cambiar su pensar.

¡Tere! ¡Tere! Escuchó nuevamente. Era la misma voz que oyó el día que se escapó del colegio de monjas donde estudiaba para irse a la cabaña que tenía Ramón en la playa. Allí la tomó y la hizo suya con tan solo diecisiete años. Por instantes cerró los ojos y recordó ese momento: el cuerpo esbelto de Ramón sobre ella, su hombría, su piel sudando a chorros, sus manos agarrándola con fuerzas sobre el catre donde dormía y sus intensos ojos negros que la miraban con la misma pasión con que un perro hambriento mira un pedazo de carne. Nunca lo pudo olvidar.

Levantó la vista tratando de hallar la fuente de la voz. Con el sonar de las campanas recordó el día del entierro de su madre, muerta supuestamente por un cólera, pero cuyo deceso muchos atribuían a su padre. Don Crisólogo cuando se embriaga la ataba a un árbol de mango en su hacienda y la golpeaba hasta que perdía el conocimiento sin que nadie pudiera hacer nada. En esa misma silla escuchó una y otra vez las campanas invitando al funeral, y pese a la petición de su esposo se negó a asistir. Tiempo después murió su padre en una de sus tantas visitas nocturnas al centro del cultivo de caña que tenía. Los trabajadores decían que a media noche ingresaba al cañaveral y que luego una fuerte llamarada iluminaba el centro del cultivo. El día de su muerte, luego de su extraña visita, lo vieron salir envuelto en llamas. El viejo caminó con el cuerpo en carne viva y murió calcinado en la hamaca donde solía acostarse a dar órdenes.

El sol se ocultó por completo dando paso a una leve llovizna presagio del aguacero que estaba por caer. Había tomado todo su café, empezaba a anochecer y el viento arreciaba. Entonces

escuchó nuevamente las risas de su hijo corriendo por la casa, el acento paisa de su esposo dando órdenes a sus empleados, los gritos de su madre pidiendo ayuda mientras era golpeada por su padre. Escuchó las olas golpeando con fuerza el malecón y los tambores de los negros tocando en la playa. Tomó su último sorbo y al abrir los ojos lo vio a él, a Ramón, en la puerta de su casa llamándola. Lucía impecable con su camisa ajustada y sus pantalones cortos, su cabello apretado bien arreglado y sus pies descalzos. Le sonreía y le tendía la mano invitándola a salir en medio de una manada de mariposas que empezaron a hacer círculos a su alrededor. Ella no lo dudó, se levantó con entusiasmo para salir a su encuentro. La lluvia arreciaba pero ni él ni sus mariposas se mojaban.

-Tere, vine a cumplir mi promesa -le dijo. Dio el primer paso en medio del silencio profundo del alcaraván, intentó caminar pero se dio cuenta que no podía, sus pies quedaron inmóviles y por segundos comenzaron a desfragmentarse convertidos en millones de mariposas. Entonces su cuerpo se convirtió en mariposas de miles de colores y se fundieron con las mariposas de Ramón. Se marcharon sus mariposas y se marchitaron sus flores, pero su recuerdo permaneció por siempre en el cementerio de Tolú en una tumba olvidada donde uno que otro día se ve un pequeño grupo de mariposas merodeando.

OSWALDO ANTONIO ÁLVAREZ MORALES

Facultad de Ingenierías y Arquitectura,
Programa Ingeniería en Telecomunicaciones



"TOYA "

Me casé poco antes de cumplir los cuarenta años pero nunca he dejado de pensar en una novia que tuve en mis veinte. Se me ha hecho imposible no pensar en ella. Como el repetitivo coro de una buena canción de Rock, el recuerdo de "Toya" golpea mi subconsciente en los momentos más inesperados y menos deseados.

Conocí a Victoria en la Universidad de Pamplona en el lejano año 2016, y no fue casualidad, no hubo intervención del destino, fue una realidad que yo forcé a crear.

En contadas ocasiones la había visto deambular de un salón a otro con su uniforme verde de psicóloga en formación. Bajo la intensa luz del sol cucuteño su cabello parecía un incontrolable incendio forestal y su piel parecía resplandecer. Ella era el retrato de un ángel en el limbo del cielo y el infierno.

Decidí acercarme a hablarle una tarde de agosto en que la vi solitaria bajo las sombrillas azules leyendo una novela de Joe Hill, la novela era "Cuernos" y la portada del libro podía camuflarse fácilmente en su cabellera. Dado mi interés en la literatura de terror y en mi completo desconocimiento respecto a este autor, encaminé mis pasos hacia ella.

¿Es buena? pregunté como quien no quiere la cosa. Ella alzó su rostro y me disparó una mirada.

Acabo de empezar... dijo y de inmediato me mostró la página en la que iba, era la 17.

Y eso fue todo.

Una semana más tarde estábamos en su casa compartiendo más que sólo besos. Sus padres estaban de viaje, y yo, muy cortésmente, me ofrecí a acompañarla. No soy un promotor del libertinaje, pero es que Victoria no era una niña y yo no era un adolescente; y así es como eran las cosas en aquel entonces, no era demasiado complicado llegar a tener sexo con una chica. Entre los jóvenes aún se podía respirar un aire de escepticismo con respecto a las enfermedades de transmisión sexual.

Pocos días más tarde, conocí a sus padres. Su padre era Taspper, uno de los artistas del tatuaje más reconocidos de la ciudad.

Bonitos tatuajes le dije a Taspper en cuanto Victoria nos presentó e inmediatamente después de estrechar su mano.

Gracias me dijo a regañadientes y después quedamos en un silencio incómodo ambos sin saber qué decir a continuación.

En ese momento tocaron a la puerta. Tres toques sin ritmo ni ánimos, como si la Parca misma hubiese llegado.

Verónica, la madre de Victoria, se dirigió a la puerta mientras la chica subía hacia su habitación. Yo me quedé plantado al pie de las escaleras sin saber qué hacer, pues no tenía la confianza suficiente como para subir al segundo piso (al menos no mientras sus padres estuviesen en casa). Tras la puerta principal Verónica se encontró con un hombre joven de barba y vestido en harapos, quien estaba muy interesado en averiguar que sucedía al interior de la morada.

Al ver a Taspper junto a mí, el tipo abrió los ojos como platos y se alejó a toda prisa del lugar. Taspper me miró y sonrió cínicamente. Entendí la aprensión de aquel pobre tipo. Emilio Taspper no era muy alto, pero por su aspecto y tatuajes se podría suponer que pertenecía a una pandilla de motociclistas. En ese momento, Victoria bajaba las escaleras con lentitud y escuchó cuando Taspper me preguntó: ¿Cómo me dijo que se llamaba?

Soy Franklin respondí. Victoria estaba a mi lado y miraba la escena con expectación. ¡Ah, cómo la tortuguita! dijo Taspper, burlón. No, como Benjamín Franklin dijo ella en mi defensa. Papá, ya párala; Por favor. Taspper rió y después se alejó diciendo que era solo una broma.

Perdónalo, es un celoso extremo. Deberías escuchar las historias que me cuenta mamá de cuando eran jóvenes. Victoria me había tuteado. Eso significaba un nuevo nivel de confianza. Oh, no hay problema. Lo entiendo completamente, tú eres su única hija. ¿Y eso? Ella siguió mi mirada hacia el paquete en sus manos. Un regalo. Para ti sonrió. Una sonrisa de alegría y vergüenza, quizá porque había olvidado lo que llevaba en las manos, quizá porque no solía regalar nada a los chicos que salían con ella. Me dio el paquete y me insistió en que sólo lo abriera al llegar a mi casa. Le di un abrazo y un beso en agradecimiento y la tarde transcurrió sin mayores incidentes.

Aquel día abandoné la casa de los Taspper bien entrada la noche y a unas cuadras de distancia vi al indigente harapiento y barbudo rebuscando en la basura de una casa vecina. Cuando llegué a casa abrí el regalo. Era el libro “Cuernos”, de Joe Hill, el libro que ella leía el día que nos conocimos. Aún conservo ese libro en mi biblioteca.

Ignoro como se desarrollan las relaciones juveniles en la actualidad, pero en aquella época algunas empezaban por el final. Es decir, por el sexo. Un par de chicos se conocen y si la relación sexual resulta satisfactoria, entonces, todo lo demás puede que funcione. Todo esto decían las estadísticas, ayudaba a propagar el ya tan extendido virus del Sida en la ciudad de Cúcuta, que si bien en aquella época no conocía a ningún amigo que lo tuviera, tampoco creo que quien estuviese infectado fuera pregonándolo de calle en calle.

Mi relación con Victoria había empezado precisamente así. Solucionada la parte sexual, dedicábamos los fines de semana a conocernos mejor; descubrimos que teníamos más que suficientes cosas en común como para no hacer funcionar la relación a niveles menos corporales y que nuestras desafinaciones respecto a gustos de todo tipo, eran poco marcadas.

Yo había aceptado algunas cosas respecto a ella (la mirada constante e inquisitiva de su padre) y ella algunas respecto a mí (yo pertenecía a las exageradamente longitudinales filas de desempleo de Cúcuta. Problemática que sólo empeoró con el cierre de la frontera venezolana y la expulsión de cientos de colombianos de ese país el año anterior). No teníamos mucho dinero, pero nos las arreglábamos para pasarla bien. Con frecuencia veía en las cercanías de su casa al indigente barbudo y

harapiento. Me pareció que el tipo podía ser peligroso y así se lo hice saber. El tipo es completamente inofensivo me respondió ella con una actitud que le restaba importancia al asunto. Supuse que lo decía porque sabía el miedo que despertaba en él su padre. Pero esa respuesta no me satisfizo. Y mi desconcierto fue mayor el día en que descubrí al tipo siguiéndome.

Aquel día, me dirigía a mi casa a pie y estaba a cuatro o cinco cuadras de mi barrio cuando un impulso providencial me hizo mirar atrás. Había sentido en algunas fibras de mi subconsciente que alguien miraba fijamente mis espaldas. Vi al indigente a unos cincuenta metros de distancia, pero este no se percató de la mirada de soslayo que le envié. Dos cuadras más adelante crucé a la izquierda por una calle que no era la mía y me escondí en el porche abierto de una casa para esperar al tipo, quien al cabo de un rato subía por la calle con paso acelerado. Fui hacia él con sigilosa determinación, lo tomé por el hombro y lo giré hacia mí.

¿Por qué me está siguiendo? le grité. El tipo me miró por primera vez a los ojos y no sé que vio en ellos, pues se protegió el rostro con las manos. En medio de la mugre y del bronceado irregular de sus brazos divisé un tatuaje en su muñeca derecha, pero no le presté mayor atención en aquel momento. El hombre bajó los brazos de inmediato y repetí la pregunta. Dinero... fue todo lo que dijo ¿Tiene algo de dinero? Hice un gesto de fastidio y me alejé de inmediato, no conseguiría sacarle una palabra a aquel loco. Cuando di media vuelta para advertirle que se alejara de la casa de Victoria, el tipo había desaparecido. Y esa fue la última vez que lo vi.

A mediados de diciembre, poco después de terminar el segundo semestre universitario del 2016, recibí una llamada de Taspper. Con el tono frío que lo caracterizaba me dijo que necesitaba hablar conmigo. Me alteró aquella simple frase y le pregunté si Victoria se encontraba bien. Llevábamos algunos días sin vernos, pues

yo había encontrado un trabajo de tiempo completo. Él me respondió que ella estaba magníficamente. Esto me calmó un poco, aunque admito que sentía mi corazón palpar en mi garganta mientras me dirigía a su estudio de tatuajes. ¿Si su hija estaba bien, entonces de qué quería hablarme?

El lugar era todo lo que pudiera esperarse, con personas tatuadas moviéndose de aquí para allá, las paredes decoradas con pinturas orientales y revistas de tatuajes dispuestas sobre una mesa en una especie de salita de espera. Y aquí es donde mis recuerdos adolecen de precisión. No recuerdo muy bien los detalles de mi conversación con Tasper, solo sé que después de una retahíla paternal me convenció de tatuarme el nombre de su hija como muestra de compromiso y del nivel de seriedad de mi relación con ella. Supongo que accedí porque deseaba su aceptación; porque estaba seguro de lo que sentía por Victoria y también, porque sería el inicio de más arte sobre mi piel. Salí a flote de esa laguna mental en la que mi subconsciente trató de ahogarme cuando las agujas estaban penetrando mi piel a cien revoluciones por segundo. Miré hacia abajo y vi que Tasper había tatuado "TO" y solo faltaban dos letras: "YA". Toya, Toya, Toya, Toya... Me extrañé pues hasta ese momento no recordaba haberles escuchado usar ese apodo con ella; pero sí lo había visto en otra parte.

Una reacción en cadena de imágenes surrealistas provenientes de mis recuerdos pero sin sentido temporal, se agolparon en mi mente (Victoria huyendo a su habitación al escuchar al indigente tocar a su puerta; Victoria restándole importancia a la posible peligrosidad de aquel tipo; y finalmente, el tatuaje en la muñeca del indigente, el cual vi con toda claridad en aquel momento, decía "Toya") y como salida del más alocado episodio de *La dimensión desconocida*, llegué a una conclusión inapelable:

Aquel pobre desgraciado solo era alguien obsesionado con Victoria. Su obsesión lo había hundido en el nivel más bajo de la vida en sociedad. Y todo era debido a aquel maldito tatuaje.

Me levanté del asiento alegando dolor de cabeza, nervios, necesidad de ir al baño y todo lo que se me ocurrió, pero al pasar junto a la puerta principal de la tienda, huí. Corrí sin camisa durante un par de cuadras y después tomé un taxi hasta mi casa. Sentía un intenso ardor y pulsaciones en la zona tatuada. Llamé a Victoria a su celular pero estaba apagado; su cuenta de Facebook había sido eliminada al igual que todas las demás. Su vida para mí, había sido borrada. Sólo recibí un escueto mensaje de texto semanas más tarde: "Estoy lejos, lo siento. Papá lo hizo otra vez".

Se me ha hecho imposible no pensar en ella. Después de aquello, cada vez que besaba a una chica, sentía un ardor y unas pulsaciones en mi pectoral derecho, como si el tatuaje estuviera vivo y me castigara por la traición. Cubrí el tatuaje años más tarde con un barco *Neo tradicional*, pero el efecto persistió. Cuando mi hija nació hace un par de años, el dolor fue tan intenso que tuve que ser internado en la clínica junto con mi esposa.

Como si de una enfermedad degenerativa se tratara, la maldición del tatuaje ha sido un secreto para cualquiera que se cruza en mi vida. Pero, como siempre sucede en estos casos, a la última persona a la que puedo engañar, es a mí mismo.

LUIS GABRIEL HERBAS PÁEZ

Facultad de Educación,

Programa Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana

RELATO DE UN MONJE SUICIDA DE LA ABADÍA DE SAN CLEMENTE

Eran las cinco de la mañana y, como de costumbre, el hermano Flavio recitaba frente al sagrario el Te Deum al inicio de su jornada, en este antiguo canto consagraba a Dios cada paso, cada segundo, cada gesto y cada sensación. Mientras en su abadía muchos monjes dormían aún –como era propio del tenaz invierno-. Aquel alba, Flavio traía en sus recuerdos una sentencia del Qóhelet que días atrás el hermano Agustín le había susurrado al oído: «Todo tiene su momento y cada cosa su tiempo bajo el sol» (Qoh 3,1). Seguida de esta admirable y sapiencial frase, Flavio viajaba en su memoria a la primavera de 1982, en la cual, según era la costumbre del monasterio, los hermanos hacían un paseo a un balneario cerca de la abadía en donde por un infortunado y tonto accidente había muerto ahogado Félix, el hermano lego y portero de la abadía. Todos los monjes en aquella noche, no consolarían el sueño, despidiendo a Félix con innumerables réquiems y otras plegarias, con la gratitud de los consolados mortales que esperan la eternidad. Así transcurrieron los minutos entre la oración y los recuerdos. Entre la potencia del alma de contemplar a Dios y a fuerza de recordar.

Pasado un rato, y luego de la oración del salterio, el abad Augusto llamó a Flavio para encomendarle una misión. Inspirado en la profunda mística que caracterizaba al hermano Flavio, el abad le encomendaría predicar los ejercicios espirituales anuales, hecho al que el hermano Flavio consciente de su pequeñez intentaría negarse, pero en un lugar donde la obediencia es la virtud de los cobardes, de nada sirvió rehusarse. “Abad Dicit”, dijo con voz fuerte Augusto.

Un par de semanas después aún la radical sentencia del Qóhelet alimentaba con prudencia al infinito monje que pasaba horas y horas frente al sagrario. Decía en voz baja: - Señor, ¿quién soy? ¿Me has llamado a vivir pudiendo darme la gracia de contemplarte desde el origen de los tiempos? Señor, nada soy, dame pues la gracia de morir para ir hacia ti. A Flavio, nada más le inquietaba, que escuchar una respuesta sobre el fin último de vivir, sobre el destino verdadero de lo que solo su limitada vista podía observar en el sepulcro.

Algunos dentro de la abadía llamaban a Flavio aparente, porque mientras otros monjes labraban la tierra, pastoreaban ganados, aseaban pisos y paredes, cuidaban de los vasos sagrados, elaboraban ropas sagradas, entre otras labores propias del monasterio, este monje, caracterizado por su gran estatura, su tez delgada y su raído habito, solo se gozaba en la presencia de un milagro en posición angelical.

Agustín, monje ejemplar por su amor por los libros y por las hazañas de sus elegantes escritos, solía conversar en algunas ocasiones con su hermano Flavio, especialmente cuando les era permitido. Agustín hacía alarde de su vasta memoria y su función de bibliotecario de la abadía. Memorizó líneas enteras de la Vulgata que traducía con mucha eficacia y casi recitaba la regla monacal de Benito de Nursia, sabía el nombre de cada uno de los personajes del santoral desde la solemnidad de Cristo Rey hasta el fin del año litúrgico, suntuosamente dictaba muchos silogismos de la Suma Teológica y hablaba de tan amplia variedad de cantos sacros más allá del Tantum Ergo y del Veni Creator. Flavio le escuchaba con algo de distracción mientras observaba el paisaje propio de la caída del invierno y la postración de la primavera, allí, en el color opaco y húmedo del follaje recordaba su niñez, especialmente aquel momento previo a la oblación familiar del primogénito como lo había intentado Abraham, solo que en el caso

de Flavio, el Señor no había otorgado el carnero para el holocausto, la víctima propicia fue él. Sus padres lo introdujeron a la abadía de San Clemente en Mayo de 1965, cuando Flavio era un muchacho de tan solo 15 años. Los abolengos intelectualoides –así son llamados los monjes estudiosos por quienes nunca lo hacen- del hermano Agustín siguieron a la orden de la víspera de aquel día.

Ya entrada la primavera, los monjes en sábado recogían flores para ofrendar a María, y Flavio, en el marchitar de coloridas rosas frente a la imagen de Lourdes, sentía su vida depositada, sentía su existencia sacrificada y propicia a marchitarse, anhelaba el kairós para sí mismo, anhelaba con la fragancia del viento primaveral la llegada a su señor, como las palabras de Zacarías el profeta.

Mientras llovía, Flavio lamentaba no estar tan distraído como Agustín, no haber tenido la “suerte” del hermano Félix, parecer tan ocupado como el abad Augusto, vivir entre las flores y las plantas frutales como el hermano Ignacio o sencillamente labrar la tierra para alimentarse como solía hacerlo su padre. Una de sus tareas más graves estaba encomendada en la predicación de los ejercicios espirituales de su abadía, aquella que lo veía postrado en el sagrario y comiendo vorazmente carne con miel, aquella que elogiaba su posición en el sagrario pero que de la misma forma cuestionaba su pereza. Flavio tomó unas hojas sin marcar y mientras remojaba su pluma en el cálamo del hermano Agustín empezó a escribir algunas reflexiones inconexas al compás de las gotas al caer sobre la superficie del desvanecido techo de su alcoba. Cuando creyó haber concluido una gran reflexión una nueva duda lo asaltó: ¿Debemos hacer algo en la tierra teniendo una promesa tan especial en el cielo? ¿Era tan siquiera lícito pretender pronunciar palabra alguna de frente a tan venerable promesa? Y así, se dispuso a arrojar por una pequeña ventana sus

hojas escritas para que fueran mojadas por la lluvia. Se desvanecían las marcas de la tinta y con ellas se afianzaba en el alma de Flavio un millar de dudas sobre la pertinencia de vivir. El genio maligno que alguna vez visitaría a Descartes para hacerle dudar del escolástico Dios esa noche visitaría a Flavio para hacerle desistir de esta vida, de partir en búsqueda de una gran proeza: la eternidad. A la mañana siguiente le comunicaría al abad que desistiría de la vida monacal si se le imponía predicar los ejercicios -más a manera de un chantaje que de una decisión arbitraria-, el condescendiente abad aceptaría pero le pondría una tarea a manera de castigo; a partir de ese día, Flavio tendría que disponerse a ser el hermano lego.

Pasados algunos días de sus labores como lego, Flavio descubría en este oficio la incesante desgracia de desgastarse en esta vida pudiendo degustar las mieles y los manjares de la eternidad. Mientras reparaba algunos recipientes en los que tendría que cargar agua, pensaba en la necesidad de consagrarse a tareas como estas sabiendo que la paga era más grande, y que dicha paga solo estaba a un paso: la muerte. Mientras esa tarde acontecía, a lo lejos de la abadía, en los predios de la familia Bertone –una de las más ricas de la región pero de un proceder moral que poco agradaba a sus vecinos y que despertaba considerables sospechas en el obispo- se veían jugar sobre una oveja a un par de infantes, que suponían que estos mansos animales eran indomables corceles. El lego de la abadía, contemplaba en la levedad de aquellos infantes y sus vidas un estado de plenitud, o mejor de distracción, estado que en lo profundo de su corazón envidiaba, propicio ocio de quién no lleva sobre sí preocupación alguna. En ese momento, recordó que debía tocar la campana, y se dirigió a convocar a los monjes a la oración de la hora nona.

Ya entrada la noche y posterior a la frugal cena del monasterio, Flavio se dirigió hacia las pesebreras, donde sabía que encontraría la soga de la yunta, para dar el paso definitivo hacia la eternidad. Había contemplado ahorcarse con el símbolo de su castidad imperfecta, pero sabía el material de su cingulo era de regular resistencia y podría frustrar su proyecto, tenía la plena certeza que al faltarle el aire estaría pleno de la gloria de Dios. Luego de dirigirse a su alcoba y disponer la escena más preciosa a los ojos de su vida, sujetó consigo la pluma y escribió mientras su respiración se aceleraba de alegría: «Como no amarte mi Señor, si me tienes reservado un lugar, tú, hacedor de todo, tú, enemigo del mal. Los días de condena han cesado, ha llegado la noche en que marche a tu lado para siempre, lejos de este cuerpo que carcome mi alma, lejos de esta abadía que me distrae de tu presencia».

Sujetando a las vigas de su cuarto la soga anudada, se despojó de su hábito, dejó tendida su cama y no quiso apagar la vela que iluminaba su noche, sencillamente la colocó en el suelo, para que el viento no causara un incendio como el del verano de 1978. Recordó la plegaria del Te Deum que tantas veces había recitado frente a la eucaristía, pero decidió no repetirla una vez más hasta no estar en frente del Señor. Con tristeza extrañaría a su amigo Agustín, pero sabía que desde el otro lugar de la frontera intercedería por él. Sin titubear medio paso, tomó su silla, se subió sobre ella, metió su cabeza en tan perfecto nudo mientras este le abrazaba el cuello, botando la silla estrepitosamente, esa noche no sintió dolor, su esperanza estaba tan perfectamente colocada, que ni en el momento de su agonía, dudaba un momento de las palabras de su Señor: “Voy a prepararles una casa”. Lo que nunca pronosticó este místico monje de la abadía de san Clemente, era que al otro lado de la vida, no lo esperaba la gloria, dolorosamente lo esperaba la nada, aquella que lo acogería en su seno por la eternidad.

Esa noche, como gesto particular de la primavera, alrededor de los ostentosos jardines que alguna vez Flavio había regado, se disipaba por todos los espacios de este misterioso lugar un aroma particular, el aroma de las flores se dejaba llevar por la poderosa brisa, un maravilloso gesto de frente a la muerte.

Cuando al amanecer el hermano Bernabé se acercó a la capilla a disponer las cosas para la celebración de las laudes, encontró una sorpresa, no vio, como de costumbre, a Flavio postrado frente al sagrario. Este supuso que los oficios del lego le habían significado tan magno esfuerzo que ya disponía las horas de oración para descansar. Cuando llegó la hora de la oración, el abad mandó a Bernabé a ver en el cuarto del hermano Flavio si este estaba enfermo. Cuando Bernabé llegó encontró la puerta trancada, por ello, decidió dar la vuelta por el prado para asomarse por la ventana del monje, cuando se puso frente a ella, solo vio su amoratado cuerpo, su serena expresión en el rostro y una vela que se desvanecía con las luces del clarear. Bernabé entró en un estado tal que lo único que se le ocurrió fue entrar bruscamente a la capilla y gritar: “Flavio ha muerto” mientras rompía en llanto.

El caos se apoderó de la abadía, por primera vez el abad Augusto se veía perplejo pero ni siquiera en ese estado dejó de emplear su tenaz voz y llamar a la calma a sus hijos espirituales. De la mano de varios hermanos partieron de la capilla hacia la habitación del difunto hermano Flavio, rezaban por el camino dos avermarías en el interludio de los réquiems. Entrando por la ventana abrieron la puerta para que entrara el abad, quién al ver tal escena calló sus rezos y pidió a los monjes que también lo hicieran. Agustín, que llegó después del abad, quedó tan estupefacto que apenas respiraba con dificultad. El abad ordenó esa mañana que descendieran el cuerpo del hermano Flavio y que fuera enterrado al lado del ciprés que estaba junto al cuarto de herramientas,

privando al suicida de ser sepultado en campo santo como lo ordenaba la ley divina. A Flavio nadie le lloró en el monasterio salvo los hermanos Bernabé y Agustín. Su memoria fue obligada a borrarse a perpetuidad. El abad ordenó no hablar de ese caso al obispo de la zona, ya que Flavio no era un reconocido monje fuera de su abadía, a los benefactores se les diría que un monje había desertado a fornicar con una campesina y que por ello la minuta había disminuido, al hermano Lorenzo se le encomendaría fingir una carta para su familia donde el hermano Flavio se despedía para emigrar a una experiencia con los cartujos.

En los anales del monasterio estaría escrita la siguiente sentencia: “Anatema sit Flavius, quién despojado de la gracia de Dios, cometió el atroz crimen de quitarse la vida”.

SERGIO ALEXANDER HOYOS CONTRERAS

Facultad de Artes y Humanidades,
Programa Filosofía

LA CITA

Luisa.

“Cuesta creer que uno de los peores sitios en el mundo para ser atropellado -no es que exista uno bueno- sea precisamente frente a un hospital.” Pensó fugazmente Luisa antes de tocar de lleno el pavimento. Cuando finalmente la defensa de un taxi estacionado detuvo su rodar por el asfalto, una sensación de pánico se apoderó de ella, ¿dónde habría caído su violín? Intentó girar su cuello para divisar su preciado instrumento, pero no hubo respuesta, su cabeza no se movió, su mirada estaba fija en el tubo de escape de un viejo Mazda 323.

No, no podía moverse, daba la orden mentalmente, sin embargo, no sentía la tensión en los músculos de su cuello, ni la posterior relajación que da finalizar el movimiento, más preocupante aún, no percibía ningún dolor, estaba segura de haber captado el momento del impacto con la buseta, pero no el abrupto final del vuelo consecuente al choque, sólo un ruido sordo, amortiguado. Siguió a eso una sensación de ingravidez, que se mantuvo incluso después de que su cuerpo ya había aterrizado.

Repentinamente su panorama se transformó, veía el sol brillando entre las ramas de los árboles, encandelillándola, pero no sentía su calor. Siempre había amado las gotitas de sol que se filtran a través de las hojas, y ver las figuras que dibujaban sobre la calle. De repente se acerca una sombra que empezaba a tornarse familiar, el señor de los jugos -un hombre mayor, cuyo rostro reflejaba la sabiduría que no otorga una carrera sino el sufrimiento de haber nacido condenado al trabajo duro. Y pensó - “Tomaría encantada un último jugo, y me atrevería a conversar con usted.”

Su cabeza giró como consecuencia de la maniobra de sus improvisados rescatistas y quedó paralela al suelo. Claramente prefería la vista anterior, “Es mucho más poético irse mirando al sol... irse... ¿Irme? ¿Poético? Ni siquiera en este momento de ser dramática” dijo para sí. Sus ojos seguían fijos en el mismo ángulo, no podía moverlos ni enfocar, pero sí podía ver la irregular textura del asfalto, el separador, la gente que arriesgadamente cruzaba la calle para verla más de cerca, y por breves instantes, podía verlo a él, -“que no me vea, que no me vea, de lo contrario se reprochará toda su vida que me hayan atropellado el día que finalmente decidimos encontrarnos.”

Llevaba un par de años soltera y, aunque no era su estado favorito, había aprendido a sobrellevar la soledad. No era que no estuviera segura de su gusto por él, las continuas decepciones habían causado en ella una insana desconfianza, una predisposición crónica al fracaso sentimental.

Pronto su cita era el único que permanecía en la acera opuesta, todos los demás buenos samaritanos y curiosos estaban rodeándola, pero ella podía seguir viéndolo en medio del mar de pantorrillas que la cercaba.

Luisa padecía esa enfermedad típica en las mujeres de la frontera, caminar con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados como si estuviera utilizando sus poderes telepáticos para matar a alguien y temía haber quedado con esa expresión, imaginó su rostro ensangrentado y magullado con su mirada típica de bruja en reposo. O quizás tenía la sonrisa estúpida que le producía verlo, la boca presta para reírse de cualquiera de sus ocurrencias. Finalmente recordó que ese día estaba nerviosa y cuando se ponía así, conscientemente forzaba su mejor cara de póker, una mpávida expresión carente de emoción que sumada

a su tez blanca y enormes ojos la haría parecer un personaje de cualquier película de Tim Burton. “Debo lucir como un puto maniquí.”

Se habían empezado a hablar por Facebook, él acababa de llegar de Cali y conocía solo un puñado de personas en la ciudad, por medio de esa mágica coincidencia que pone a las personas en el camino virtual de otros, ella apareció en el muro de John, el cual la agregó sin mucha expectativa. Para ella cada solicitud de amistad masculina le generaba un deja vu, un nuevo acosador en potencia la había puesto en su mira. No obstante, la sencillez de la foto de John le causó curiosidad, no era un tipo recostado sobre una moto parqueada ni un pseudo intelectual tratando de impresionar, era un chico alto recorriendo un camino en medio de un bosque de pinos.

De nuevo estaba boca arriba, el sol la impactaba directamente y la hizo caer en cuenta que llevaba un buen rato sin parpadear. Esto sumado a la incapacidad de moverse, sentir o enfocar la mirada, plantó una duda en su mente, “¿estaré muerta ya?”

Habían formado una amistad de varios meses y les era normal amanecer charlando de cualquier cosa, eran de esas personas con gustos similares, pero de ideologías distintas, de esas que comparten, pero debaten, en cada charla ambos aprendían algo nuevo, ya fuera de ellos o del mundo.

Repentinamente se fue la luz, estuvo en la oscuridad total, lo que para ella fue unos cuantos segundos, en medio de la ausencia de estímulos recurrió a aquella canción que tanto la tranquilizaba: « Dreamers, they never learn, they never learn... » Una impenetrable negrura opacaba su visión «... Beyond the point, of no return, of no return » A lo mejor era esa incapacidad de sentir cualquier cosa lo

mantenía tan calmada: “Sin dolor no hay angustia, he trascendido la barrera corpórea de la existencia.” Y no se sentía nada mal. « And it's too late, The damage is done... »

Lo que ella más disfrutaba de tratar con él, era que le había devuelto la sensación de que merecía ser amada, no desconfiaba de sus intenciones pues cada frase que le regalaba transmitía un cariño genuino, un interés sincero, unas ganas primitivas. A pesar de sentir deseos de conocerlo, cuando no estaba hablando con John, las dudas la inundaban, ya había cometido errores antes, ya había sido el error de alguien más, pero la pausa de dos años le había permitido desarrollar la calma necesaria para tomar decisiones, ella había determinado que estaba lista para volverlo a intentar.

Absorta en ese pensamiento, se detuvo en el andén, no estaba muy segura de si él ya la había visto, pero ella ya llevaba un par de minutos decidiendo si cruzar o no, cuando finalmente dio el paso al frente la interceptó un vehículo.

Al recuperar su visión, el sol se había movido, “¿Por cuánto tiempo me fui?” Un paramédico revisaba sus pupilas con una linterna, por la elevación se percató que la habían subido a una camilla poco antes de ingresarla a lo que solo podía ser una ambulancia. Se dio cuenta de que habían cerrado las puertas porque disminuyó la cantidad de luz al interior del vehículo, pusieron una máscara de oxígeno sobre su rostro y empezaron a presionar su pecho. “Le arruiné el día John” pensó, “arruiné mi día.”

Unas manchas negras aparecieron en su campo visual, como si cayeran gotas de petróleo sobre sus ojos, adiós ojo izquierdo, “me le tiré el fin de semana a mi familia” se dijo mientras desaparecían los últimos rastros de luz, “¿no se supone que debería pasar mi

vida frente a mis ojos?” Desesperada buscó un recuerdo en el que sus padres estuvieran juntos, recorrió los pasillos derrumbados de su memoria hasta que finalmente dio con él; Tenía 7 años, era una noche de tormenta y los truenos la habían despertado, siempre fue sensible a los ruidos fuertes y corrió asustada al cuarto de sus padres. Cuando intentó meterse en la cama con ellos, su padre la detuvo, la miró con infinito cariño y la tomó de la mano, su madre se levantó y la tomó de la otra, juntos caminaron devuelta a su cuarto. “Siempre podrás contar con nosotros, pero debes aprender a afrontar algunas cosas sola mi niña. Descansa.” Dijo su madre mientras la arropaba y luego su padre besó su frente. Aunque no podía sentir nada, estaba segura de que había lágrimas deslizándose por sus mejillas, las últimas.

El último vestigio de luminiscencia desaparece de su ojo derecho, siente como sus recuerdos, sus pensamientos y su persona misma se filtran desde su mente... “Al menos tuve la cortesía de no morirme un 24 de diciembre.” Mientras todas sus emociones se van desactivando una a una, la última idea que produce su cerebro será una queja superficial que ella agradece nunca será escuchada, “vida hijueputa, ¿cómo vino a matarme una malparida buseta?” vociferó su orgullo al vacío, “malparida buseta.”

John.

John la esperó durante 40 minutos, aunque siempre supuso que no iba a aparecer. Sin embargo, una vaga e infantil esperanza lo mantuvo ahí, al sol, mientras escuchaba en su reproductor « Don't leave me high, don't leave me dry...» la calle en su ajetreo hacía de las suyas. « Drying up in conversation, You will be the one who cannot talk...» Él, inmóvil en el lugar indicado y con la ropa acordada miraba continuamente su reloj. No existía forma de que ella no lo hubiera visto. Cuando finalmente se convenció de que

perdía el tiempo se dirigió a su casa, durante el camino se sentía tan pequeño que creía que la gente podría notar que había sido plantado.

Se sentía ofendido y humillado, pero también avergonzado consigo mismo por haber albergado esperanza. No obstante, ¿cómo no ser optimista con Luisa? Nunca había conectado tan bien con alguien, llevaban varios meses hablando y en vez de disminuir su interés, cada día la anhelaba más. Con ella su cinismo y timidez desaparecían, se creía el cuento de que la gente se puede querer.

Pensó en reclamarle por chat, quería saber qué era lo que la había disuadido de verlo, afiló sus peores insultos y se dispuso a destruir todo el cariño que sentía por ella, pero se dio cuenta que no valía la pena, el mantendría la altura en dicha situación, no respondería aquella ofensa con más ofensas. Tecléo su nombre en el buscador y observó su perfil, esa mañana había publicado una foto con esa calmada expresión de gato lleno que la caracterizaba, la quiso por última vez antes de bloquearla y no saber de ella nunca jamás.

YULLI ALBARRACÍN SÁNCHEZ

Facultad de Educación,

Programa Licenciatura en Humanidades y Lengua castellana.



LA CASA DE LA ESQUINA

No importa cuánto tiempo haya pasado, esa casa aún causa terror. Hablo de la casa de la esquina, aquella esquina por donde nadie quiere pasar, no sé si es por el miedo o por las miles de historias que nacen de ese lugar con paredes destrozadas por el paso del tiempo, de ese escalofriante lugar donde él, ¡él mató a sus hijos!

Han pasado muchos años y el olor a temor, a sangre y a lágrimas prevalece, es increíble como en un solo lugar se puede encerrar tanta tristeza, tanto dolor, tanta angustia y desesperación. Cada vez que se pasa por allí se siente en cada centímetro cuadrado un indescriptible peso, como si fuésemos nosotros, los transeúntes, quienes hubiésemos cometido tan atroz crimen.

Siempre que paso por allí, me surgen mil inquietudes, entre ellas ¿Cómo es que un padre puede hacerles daño a sus hijos?

No quiero relatar la historia de ese negro día, pero los recuerdos vienen a mi mente de una manera que quisiese evitar, tal vez si cuento lo que me acompleja, logre dejar de imaginar y pensar en ese momento; ese momento que no solo marcó la historia de esa casa tenebrosa, de una familia asesinada o de un hombre prófugo; ese momento catalogado como el peor día de este humilde pueblo, donde cada habitante tiene en su memoria la cara de ellos, de los niños pidiendo ayuda, tratando de salir por la ventana de su casa, porque su padre se había encargado de asustarlos lo suficiente como para saber que algo muy malo iba a pasar.

Hoy, curiosamente jueves como aquel fatídico día, se cumple un aniversario más de esa desdichada fecha de la que nadie habla y que todos quieren olvidar. Empezaré contando que alrededor de las 4 de la tarde, como de costumbre, sacaba a Canser, mi perro, a hacer sus necesidades, siempre me paraba frente a una pequeña zapatería que quedaba al lado del parque, para poder pensar y meditar, y claramente no perder de vista a mi mascota.

Como siempre, y sin romper rutina, se me acercaba don Alberto, quien era el único en el pueblo que me reconocía, pues mis días se basaban en estar acostado leyendo, esperando a que mi familia llegará de sus labores diarias y en sacar a mi perro a pasear, Don Alberto a diario se me acercaba para ofrecerme el tinto de la tarde, al que nunca me podía negar, pues su fantástico aroma y, por supuesto, su sabor, me obligaban a escuchar sus locas historias de anciano, donde la guerra y su heroísmo primaban la mayor parte del tiempo –Vaya a saberse si estas eran reales- reales como esta que estoy relatando, que de solo escribirla me pone los pelos de punta.

Ese día, por una extraña razón, que hasta hoy reconozco Canser estaba más inquieto de lo normal, no jugueteón, ¡no! inquieto,

molesto, asustado; pensé que seguramente algo iba a pasar, y así fue. No tardé mucho en la calle pues estaba cansado y quería relajarme un rato, llegue a casa y encontré un camino lleno de plumas en la entrada y un silencio sepulcral que me hizo pensar que realmente se acercaba un acontecimiento que iba a tener renombre.

Alcancé a pensar que Canser había cazado algunos pájaros blancos, porque era muy extraño que sobre la entrada de mi casa hubiesen tantas plumas, plumas con sangre, no dudé un minuto en castigarlo y mandarlo al patio trasero para encerrarlo allí, pero en vez de esto, ese mendigo perro subió las escaleras y empezó a ladrarle a la puerta del cuarto de ella, de Zafiro.

Zafiro, fue la mujer que más amé en mi vida, un hermosa hembra de pelo castaño, tez blanca y ojos saltones que me cautivaban con cada mirada, fue mi amor desde que la vi por primera vez. No vale la pena realmente nombrar aquel estúpido acontecimiento donde me enamoré solo, pues ella simplemente me utilizó como su máquina de dinero y de sexo, afirmo esto ya que un día se fue y me dejó con nuestros hijos, Josué, Sergio y Miriam, simplemente desapareció y nunca nadie volvió a saber de tan interesada e interesante mujer.

Canser seguía ladrando y sus ladridos eran cada vez más desesperantes, así que decidí abrir aquella habitación y ver que quería de allí, fue extraño, muy extraño el ver a mis hijos acostados en la cama de su madre, arropados con una sábana blanca llena de sangre, cubiertos con plumas provenientes de las almohadas que estaban manchadas más que con sangre, con el dolor de ellos y ver a su madre colgada del techo como si fuese una lámpara de decoración, pero fue aún más extraño recordar que YO, con mis propias manos había colgado a mi mujer de ese techo, y había acomodado allí a mis hijos para que emprendieran un hermoso sueño profundo.

Tal vez, ahora que lo saben, dejaré de ser prófugo, pero podré tener la paz que tanto necesito al pasar por esa casa esquinera que precisamente se cruza con mi camino al sacar cada tarde a mi perro.

ROCÍO DEL PILAR DÍAZ VILLAMIZAR

Facultad de Educación,
Programa Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana.



LA MISIÓN DEL JOVEN GUERRERO

Existen historias que muchas veces son difíciles de creer, porque están llenas de hechos y sucesos fantásticos. Esta historia comienza en la época medieval, en donde aún los seres místicos, hechizos y sobre todo la magia hacían parte de cualquier reino. Y este no era la excepción, en él vivía un joven llamado Noha el cual pertenecía a una familia de campesinos que servían fielmente a su rey, uno completamente justo, bondadoso y solidario, sus súbditos eran felices en su reinado y daban gracias por tenerlo como rey. Noha también lo creía así y aun siendo muy joven tenía un sueño,

ser parte de la guardia personal del rey, él sabía que tenía que entrenar arduamente hasta lograrlo y finalmente lo hizo. Al cumplir los 23 años se presentó en el palacio real para entrar a la guardia y por sus méritos lo aceptaron, este era el día más feliz de su vida.

Una noche haciendo su ronda, observó a una persona que corría por el jardín, la persiguió y, cuando el intruso se disponía a saltar un muro, la capturó y ¡vaya sorpresa!, era una hermosa jovencita, la cual nunca antes había visto, pero no se dejó llevar por su belleza y le preguntó con tono fuerte: -¡¿Quién eres?!- la chica con miedo le respondió: -Soy una campesina que tiene a su esposo en la guardia del rey, no le he visto desde hace mucho tiempo y solo quise venir para saber cómo se encontraba. Por favor ten compasión joven soldado y déjame ir.- Noha no poseía un corazón tan cruel como para hacerle daño, así que la dejó ir, pero le advirtió que no quería volver a verla.

A la mañana siguiente reunieron a toda la tropa, porque su rey debía dar un aviso muy importante. Noha sentía que estaba pasando algo, pero no lograba entender que podría ser, al estar todos formados, el rey Taisho se dirigió a sus hombres diciendo: -Hombres de la guardia real, os he reunido hoy porque ha ocurrido algo terrible, mi hija, la princesa Natsumi, ha sido raptada por un grupo de rebeldes que han aprovechado la noche de ayer para realizar dicha fechoría y dejar solo una nota donde dicen que su rapto fue por venganza. Aun no se quien habrá sido, pero lo que sí es seguro es que mi hija corre peligro, su misión es rescatarla sana y salva.- Noha no podía entender lo que estaba ocurriendo, ¿la hija del rey raptada?, ¿el rey tenía una hija?, había mucho por aclarar.

Cuando su rey termino de hablar, Noha se dirigió dónde Otsuki, el líder de la guardia real, con el fin de aclarar sus dudas, Otsuki le dijo que el rey siempre tuvo una hija, la cual protegía más que a su

propia vida y por eso su existencia era un secreto, además ella era lo único que le recordaba a su esposa, la cual había muerto cuando la princesa aún era una bebe. También le conto que Natsumi siempre había querido saber sobre su madre pero el rey no le había querido contar nada, el motivo nadie lo sabía, lo que si era seguro es que la princesa tenía algo especial. Noha le pidió a Otsuki que le mostrara un retrato de la princesa, pero cuando lo vio no podía creerlo, era la misma joven que había encontrado merodeando por los jardines del palacio, pero ¿Por qué la princesa escaparía y fingiría su rapto? Noha estaba indeciso si contar esto a su rey, pero lo que si era seguro era que la princesa había escapado y corría peligro.

Los soldados comenzaron a buscar en todas las aldeas aledañas, pero no encontraban nada, ninguna pista que llevara a la princesa. Otsuki le informó a su rey que no descansarían hasta que la encontraran, pero Noha sabía algo que los demás no, pero en su interior algo le decía que no debía contar nada y buscar por su propia cuenta. Comenzó en el jardín, donde había visto a la princesa por última vez, pero no halló nada, así que fue donde Otsuki y le preguntó si podía mirar la habitación de la princesa, solo por si allí lograba encontrar algo.

Cuando entró sintió un aura extraña que provenía de la mesa de noche, pero como no quería que nadie se enterara, esperaría hasta que anocheciera para investigar mejor.

Al caer la noche se dirigió a la habitación de la princesa y fue directo a la mesa de noche, pero, cuando se disponía a abrirla, Otsuki apareció: -¿Qué haces?- le dijo. Noha asustado le respondió: -No es lo que tú crees, yo solo quería seguir buscando pistas.- Pero Otsuki era un líder muy sabio y entendía lo que estaba sucediendo así que le dijo: -Yo sé lo que tratabas de hacer muchacho, yo también sentí el aura que salía de esa mesa, pero mi

pregunta es ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Qué más sabes tú que yo desconozca?- Noha no sabía que decir, pero creyó conveniente contarle lo que verdaderamente había ocurrido la noche en que la princesa fue raptada y le hizo prometer que no dijera nada, pero Otsuki se encontraba en un problema, no podía mentirle a su rey, sin embargo, Noha le dio las razones por las que creía conveniente no contar nada y Otsuki accedió a su petición.

Pero, había algo que aun intrigaba a los dos guardias, era el cajón de la mesa de noche, entonces se decidieron a abrirlo y ver si podían encontrar pistas que los ayudara, pero este estaba vacío, Otsuki notó que en un extremo se encontraba un pequeño orificio y comprendieron que el cajón tenía un segundo fondo, al quitar la tapa hallaron un mapa del reino, pero este era un poco diferente, en él había un camino que conducía al bosque del sur, tenía las imágenes de un dragón, un puente y un gran árbol en el que estaba dibujada una figura humana, ¿Qué quería mostrar ese mapa? ¿La princesa estaría siguiéndolo? Así que sin pensarlo dos veces, Otsuki y Noha, partieron esas misma noche sin decir nada, no sabían que les depararía el viaje ni que encontrarían, solo sentían que era lo único que los llevaría a la princesa Natsumi.

Al llegar a la entrada del bosque vieron que esta era diferente, así que comenzaron a buscar algo que hubieran pasado por alto, Noha tropezó con una roca y se abrió una puerta que estaba camuflada entre la maleza. En la entrada estaba todo muy oscuro, buscaron rápidamente un poco de luz y cuando lograron ver una zona iluminada se dieron cuenta del lugar donde estaban, era mágico, parecía un pequeño paraíso, en el centro un gran árbol y a su alrededor se abrían paso pequeños bosques, cascadas y senderos de pequeñas flores, que hacían de ese momento el mejor de sus vidas. Pero aún les preocupaba la princesa, ¿Estaría

en ese lugar?, comenzaron a buscarla siguiendo cada una de las pistas del mapa, pero el camino no sería fácil, el dragón que estaba dibujado era real, realmente grande, pero Noha no se dejaría llevar por el miedo y lo combatiría, rápidamente Otsuki se dio cuenta que el dragón cuidaba una gema en forma de flor de loto y además un camino que conducía directo al gran árbol, decidieron no hacerle daño y tratar de engañarlo para pasar al otro lado. Cuando lo lograron, tomaron la piedra y corrieron lo más lejos que pudieron hasta encontrarse con el puente, al cruzar el puente Noha sentía que algo no iba bien, pero siguió sin prestar atención a este sentimiento.

Cuando llevaban un buen camino recorrido y el gran árbol se veía más cerca, fueron atacados por una bandada de aves muy feroces, Noha sabía que iban solo por la gema que él tenía, así que trató de protegerla pero un ave lo golpeo y le quitó la gema, Otsuki alcanzó al ave en pleno vuelo, la recuperó y se la lanzó a Noha, pero al caer, Otsuki se apoyó sobre una roca, que con su peso colapsó y fue a parar a un abismo, Noha no lo podía creer, trató de asegurarse si su amigo seguía con vida, gritaba su nombre pero era en vano, no podía ver ni oír nada. Noha comenzó a llorar pero pronto recordó algo que su padre le había dicho cuando era pequeño: “Nunca abandones tus metas, aunque el camino que recorras sea doloroso y oscuro”, esto le dio fuerzas para seguir, corrió lo más que pudo y logró escapar de las aves que lo asechaban. Ya faltaba poco para llegar y a lo lejos logró ver una figura humana al pie del gran árbol, Noha ya podría imaginar de quien se trataba pero esperaba acercarse un poco para asegurarse.

En efecto, la que se encontraba al pie del árbol era la princesa Natsumi, quien lo miraba como si lo estuviera esperando. Cuando Noha se acercó le preguntó: -¿Tienes la gema? Él se la mostró,

pero no quiso entregársela, aún no confiaba en ella, la princesa se percató de la desconfianza del joven guerrero y le dijo: -Joven Noha puedo entender tu desconfianza, déjame contarte toda la verdad, hace mucho tiempo este reino estaba en caos, caían fuertes lluvias, era azotado por vendavales, terremotos y demás desastres naturales que tú conozcas. Fue así como una joven encontró este mundo subterráneo y se dio cuenta que estaba a punto de colapsar y que además esto era el causante de los desastres que ocurrían en el exterior. Trató de conseguir la solución, pero la única que existía era que debía unirse a este árbol junto con la gema y lograr un equilibrio en el mundo. Es por esto que Otsuki te trajo hasta aquí y te pidió que guardaras la gema, tu eres el elegido para continuar con la tradición.

Noha no entendía nada, solo sentía un fuerte dolor por la pérdida de Otsuki, por eso le explicó a la princesa la muerte de su amigo y lo culpable que se sentía al no ser capaz de evitar dicha tragedia. Pero la princesa le dijo a Noha que Otsuki no había muerto, que ahora vivía en él y debía seguir con la misión de cuidar a la próxima hija de la luz. Con esta explicación el joven guerrero quedó más confundido, no entendía nada de lo dicho por la princesa, solo quería regresar al palacio.

La princesa se negó a esto y le dijo: -No regresaré al palacio, tú no entiendes, cada cien años los dioses mandan a una bebe, la cual lleva la misión de unirse a este árbol cuando ya ha cumplido la edad suficiente para hacerlo. Mi madre entendía eso, pero al morir, mi padre no podía aceptar que su hija tenía una misión que cumplir y fue por eso que me mantuvo en secreto, Otsuki siempre fue mi guardia personal y su misión era encontrar al nuevo guerrero, mostrarle su misión y enseñarle que cada día del ser humano está lleno de alegría, valor, fuerza, constancia y sobre todo magia. Así que, Noha, gracias por lo que has hecho por mí y por el mundo, ten

siempre presente que tu misión hasta ahora comienza y debes encontrar a la próxima hija de la luz y entrenar a tu guerrero. Además dile a mi padre que mi misión ya fue cumplida y que siempre lo amaré.

Después de escuchar esto, Noha quedó convencido de la historia, así que le entregó la gema a la princesa Natsumi y cuando ella se estaba uniendo al gran árbol junto con la gema, alguien tocó a Noha por el hombro, era el alma de Otsuki, lo miró fijamente a los ojos y le dijo: -Bien hecho Noha, lo has logrado, perdóname por no ser sincero desde el principio, pero era lo mejor. Te deseo suerte en tu nueva misión y espero que algún día nos volvamos a encontrar- y al igual que la princesa desapareció. Noha no lograba entender nada de lo ocurrido pero tenía claro lo que debía hacer ahora. Al volver al palacio explicó todo a su rey, él inmediatamente comprendió lo que había ocurrido con su hija, le agradeció al joven su valentía y le deseó éxitos en su nueva travesía. Noha entendía que no podría ver a la próxima elegida, ya que tendría que pasar cien años antes de su regreso, así que comenzaría con la búsqueda de su sucesor y esperaría lo que pasara después. Pero eso ya hace parte de otra historia.

MARGY YUSSELLY BUITRAGO PRADA

Facultad de Educación,

Programa Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana.

SAKI: NO ESTÁS SOLO

Dentro de un oscuro callejón, mientras la lluvia cae en torrentes, me oculto como una figura que parece más la de una bestia que la de un niño de sólo trece años, la sangre corre por mi boca y ensucia las ropas que llevo puesta, esas que no he cambiado desde que mi familia murió en un accidente. Mi destino ha sido vagar, ser un mendigo más de la ciudad en la que me rechazan y que ahora amenazo con mi existencia, siendo peor que los asesinos que la policía ha capturado en los anteriores años, apareciendo en los periódicos como “Saki” pues (creo) nadie me ha visto, nadie conoce mi nombre y sólo pueden llamarme como dejo escrito con sangre en cada uno de mis desastres de los cuales no soy consciente.

Una nueva noche llega, las calles están vacías, pues se ha determinado un toque de queda desde las nueve de la noche, algo que pocos cumplen y que deja a esos bajo las garras de la pequeña muerte. Mis pies se pasean por todos lados, empezando mi recorrido desde la capilla del cementerio (mi hogar) hasta donde el cansancio me permita llegar. Las luces públicas apenas pueden iluminar y mi sombra me acompaña aunque esta no es producida por mí, el hambre empieza a atacarme justo a los pocos minutos que me acerco a aquella zona que no obedece la ley, conformada por aquellas discotecas llenas de jóvenes que se remueven con el ritmo de la música y que salen con el único objetivo de ligar y llenarse de licor. Mi lengua moja mis labios que se encuentran completamente secos, creo que es más por el olor a sangre que ella empieza a captar, sé bastante bien lo que sigue, entonces me quejo e intento alejarme empezando una lucha interna en donde ella resulta ganadora, es por eso que me acerco dispuesto a saciar mi (su) sed. Un nuevo desastre está hecho, un nuevo lugar marcado con su nombre en sangre y una nueva huida al cementerio al que poco se acercan los residentes.

–¡Es suficiente! Pensé que éramos amigos – Ella se presenta abandonando al fin mi cuerpo como cada noche después de comer. Sus vestidos blancos rasgados y su cabello cubriendo parte de su rostro que parece quemado por algunas zonas oscuras que apenas puedo ver cada vez con la luz de la Luna. Es entonces cuando caigo al suelo, ella se arrodilla con una expresión insensible y susurra “lo somos, te quiero”.

Lo mismo de siempre, la misma escena en mi monótona vida como portador de su alma desde aquella vez que la conocí en el mismo lugar que me encuentro. Los recuerdos invaden mi mente, la escena de aquella vez en que ambos nos encontramos en la capilla debido a la gran tormenta que azotaba la ciudad, nos acompañamos desde que le ofrecí ser mi amiga y fue el momento cuando los cambios en mi vida comenzaron con el asesinato de un sirviente que me echó de su callejón mientras buscaba en los restos algo para comer.

El caso del hombre había aterrorizado a la ciudad entera, la policía, desde entonces, empezó a patrullar las calles más que antes y a golpear a cualquiera que provocara una riña. Todo empezó un caos, la ciudad se convertía en un lugar menos seguro para andar por allí buscando comida en la basura, pero eso no me hacía mendigar nada, nunca ha sido mi estilo. Las canastas de basura siguieron siendo mi alimento, además nadie sospechaba (ni lo hace ahora) de mí al ser sólo un niño, un infante con esa inocencia que me hacía incapaz de reconocer la realidad. Esa es la razón por la que nunca imaginé que Saki no es real, que sólo es un espectro que ha escapado del infierno para invadir mi cuerpo y cometer sus atrocidades bajo mi imagen.

Ya no me gusta la compañía de Saki, me he transformado en algo que odio y con ello me alejo cada vez más de la felicidad que tanto

he deseado. Por primera vez quiero estar solo, miro ciertas veces al cielo buscando una respuesta, ayuda del Gran Señor y quizá la mirada de decepción de mis padres que me vigilan desde lo alto. Sí, soy sólo un niño pero mi mente va más allá de mi edad pues en la calle se aprende más que en la escuela y es por eso que estoy dispuesto a acabar con todo, para así a empezar a construir mi propio camino, uno lejos de tales suciedades que están sobre mis manos; dispuesto a crear un plan mientras ella se encuentra fuera de mí, uno que pueda cumplir en corto tiempo aunque poco llega a mi mente, así que termino cayendo en los brazos de Morfeo sin resultado alguno.

Es un nuevo día, de nuevo estoy en las calles con su compañía y llego a un parque en el que se encuentran varios niños junto a sus padres que los vigilan mientras juegan en las diversas atracciones. Es la típica escena en la que mi consciencia desaparece, así que decido alejarme luchando de nuevo contra mi otro “yo” pero como siempre acabo perdiendo. Mis pasos se dirigen hacia el lugar, estoy temeroso por lo que pueda pasar e intento no pensar en lo que mis bolsillos ocultan, es entonces cuando mi mirada se cruza con la de una niña de seis años, que es la única que se da cuenta de mi presencia, es ella quien clava sus ojos en mí como si supiera todos los pecados que se ocultan bajo mi piel, como si pudiera ver más allá de mi verdadera personalidad y se encontrara con la oscuridad de Saki invadiéndolo todo. Puede huir pero no, solamente sonrío y me invita a jugar junto a ella. Ese carisma, esa inocencia y esa aura que me recuerdan tanto a mi hermana que murió junto con mis padres, es la razón por la cual sonrío después de dos años al sentir que una amiga (real) puede estar llegando a mi vida. Sin embargo, el enojo consume a aquella parte de mí que no controlo, los celos y la venganza empiezan a relucir aunque la tranquilidad sea característica de mi semblante actual. Está a punto de pasar, me advierto a mí mismo cuando siento dolor en mi cabeza y en mi pecho.

“Basta, esta vez no” me digo a mí mismo mientras aprendo cómo utilizar ciertos juguetes gracias a la dulce niña de seis años que acabo de conocer, pero no es suficiente para detener el cambio, mis ojos se oscurecen y los gritos empiezan a mi alrededor, niños y padres son atacados directo a sus gargantas, también sus intestinos son saqueados y la sangre empieza a colorear la arena de un intenso color rojo. Sin embargo, falta alguien de todos los presentes, alguien que observa todo desde detrás de la banca que le sirve como escudo, alguien que podía huir pero que no lo hizo, esa misma niña de seis años que ha grabado tales escenas en su mente. Es mi (su) nuevo objetivo pues es ella quien ha empezado el enojo que todo lo provocó, los cuerpos irreconocibles de sus padres se encuentran cerca de ella así que la muerte también la persigue aunque su destino puede cambiar.

Justo antes de clavar mis dientes sobre ella, recuerdo que soy más fuerte, mi madre me lo estuvo diciendo desde que nací hasta el día de su muerte, así que me convengo de ello y empiezo la lucha interna de todos los días, caigo al suelo mientras me sacudo como un pez fuera del agua, mi cuerpo es incontrolable pero mis manos alcanzan a llegar a mis bolsillos en donde guardo cierto cuchillo que robé. Lo saco al tener un poco más de control en la pelea, pero sólo consigo algunos cortes en mis propios brazos que no sólo me lastiman, sino también a Saki, no la dejo salir como siempre pues mi objetivo es sólo uno: acabarla. “¡Huye!” gritó a la niña que observa con lágrimas en sus ojos, seguramente un trauma ha empezado en su interior, así que no quiero empeorarlo más, ella me hace caso y la pierdo de vista para así continuar con lo que se convierte en la mayor lucha de mi vida. Es mi cuerpo, es mi alma y es mi cuchillo el que debo controlar, mi mente es más fuerte aunque parte de ella sea controlada por el espectro, y, después de unos minutos más, llega la calma con el silencio invadiéndolo todo y las imágenes apareciendo a mi vista.

La familia que dejé, cada una de las personas que murieron gracias a la oscuridad que me consumi6, la mirada de aquella ni6a que es lo 6ltimo que puedo recordar del d6a. El cuchillo en mi pecho que llega justo a mi coraz6n, la sangre de nuevo pintando la arena sobre la cual me encuentro y mis ojos cerr6ndose tan lentamente que permiten que mi mente se aclare con el paso de los segundos. Uno, dos, tres, no hay nadie conmigo, cuatro, cinco, solamente soy yo, seis, siete, me encuentro vac6o, ocho, nueve... y Saki nunca existi6, s6lo la esquizofrenia que la tr6gica muerte de mis padres provoc6.

MARÍA FERNANDA OVIEDO PARRA
Facultad de Salud, Programa Medicina

LA TRISTE HISTORIA DE LA BELLA DURMIENTE

Érase una vez, no hace mucho tiempo, en este mismo país del sagrado corazón, que habitaba una joven hermosa, cual lirio que crecía en la Riviera y que por la contaminación y el desarrollo salvaje se halla extinto. Era una chica de cabello largo, lacio y rubio, tan brillante que era como ver los rayos del sol y ojos miel que cautivan la mirada y roban el corazón, ni decir de su cuerpo, era un monumento esculpido por la misma mano de Dios. Su nombre era Bella y sus padres Rodrigo y Amelia la cuidaban día y noche de lo que para ellos suponía peligro debido a su hermosura, ya que en estos tiempos hasta el respeto se había perdido.

Bella era hija única, de una familia humilde pero trabajadora y sólo un amigo tenía, el único que sus padres dejaban acercársele, Mateo, el hijo de su madrina Matilde, era una joven estudioso, colaborador y juicioso, con visión de un gran futuro y, aunque suene cliché, estaba fervientemente enamorado de su amiga. Mateo había tenido la oportunidad de viajar con lo que ahorra de su trabajo ayudándole a su madre en la panadería. Lo que él le contaba a bella era lo único que conocía del mundo exterior, ya que la dejaban salir de su casa solamente para ir a la escuela y su padre la recogía.

Todas estas historias la hacían soñar con el momento de poder salir a conocer el mundo, pero sus 16 años se lo impedían, ella sólo anhelaba ver qué había más allá de las cuatro paredes de su casa y en su mente maquinaba maneras de poder hacerlo, pero el respeto por sus padres y los consejos de su mejor amigo se lo impedían. Su única esperanza fue esperar a terminar su bachillerato y entrar a la universidad, donde pensaba que tendría más libertad, y así se dedicó a estudiar fuertemente sacando las mejores calificaciones y ocupando los primeros puestos de su colegio.

Por otro lado, mateo estaba apasionado con la literatura, pues escribiendo plasmaba cada experiencia, pensamiento, e ilusión, coloreándola de fantasías, realidades y lecciones de la vida, pero, para su tristeza, el amor de su infancia sólo lo veía como un gran amigo y confidente en quien podía apoyarse y desahogarse, sin embargo, eso no impedía que Mateo la siguiera amando con toda el alma. Llegado el momento, ambos obtuvieron sus diplomas, Mateo decidió estudiar en la Universidad local, puesto que tenía la carrera ideal, Lengua Castellana, ya que el lenguaje y la literatura siguen siendo su pasión hasta el día de hoy, además así estaría cerca de su madre para seguirle ayudando. El clima de la ciudad era frío, agradable y no tendría que gastar transporte pues, todos los lugares quedaban cerca.

Por otro lado, Bella se esforzó mucho por el objetivo de ganarse una beca para estudiar Comunicación social en la capital y para que sus padres no le pudieran decir que no, ya que esta beca cubriría sus gastos en sostenimiento y transporte en una de las mejores universidades del país, y así fue, ellos por confiar en el juicio que demostró su hija durante tantos años y con la esperanza de un futuro profesional prometedor para ella decidieron aceptar la beca para Bella, sin saber lo que después sucedería.

Al poco tiempo de verla partir, entre llantos y abrazos de familiares, doña Matilde, sus padres y Mateo, Bella no podía creer que se dirigía rumbo a la gran ciudad. Deslumbrada por los paisajes de los lugares por donde pasaba, sin darse cuenta llega a la terminal y toma un carro hacia el campus donde la esperaba su tutor. Allí él la ubica y le explica las reglas académicas para mantener un promedio y comportamiento ejemplar, a lo cual Bella asiente emocionada y dentro de su felicidad pregunta si podría salir a conocer la ciudad, su tutor con un gesto amable le responde que sí, que los fines de semana están asignados para que los estudiantes disfruten del tiempo libre.

Bella recordó las palabras que Mateo le susurró al oído el día de su despedida y sonrió de felicidad al saber que contaba con un amigo incondicional que en esos momentos se hallaba a kilómetros de distancia, se sintió sola pero decidida a convertirse en una gran profesional. El primer día de clase conoce a una Roxana, una chica extrovertida, hermosa y con mucho estilo. Parecía ser de una familia pudiente, sin darse cuenta, en un mes construyen una buena amistad.

Al transcurrir este tiempo, Bella conoce muchas cosas nuevas e incluso asiste a fiestas en discotecas con sus amigos puesto que su círculo social se extiende gracias a Roxana, quien es la que organiza y patrocina las salidas e incluso asesora y compra ropa, accesorios y maquillaje para Bella. La vida de Roxana era un tanto complicada ya que sus padres habían muerto en un accidente dejándole su gran fortuna, ella veía a Bella como la hermana que nunca tuvo, queriendo compartir con ella todo aquello que había heredado.

Sin embargo, a Bella le deparan muchas cosas más y su futuro se encuentra en juego. Roxana tiene un primo llamado Max, consentido, presuntuoso y casanova a quien le encantaba desperdiciar su dinero, o para ser más precisos, el de su familia en rumba, alcohol, drogas y prostitutas. Definiéndose así como el imbécil más grande de la ciudad. Max era un muchacho de buen parecer y con un gran don de persuasión con lo cual completó la receta perfecta para cautivar a Bella quien no sabía lo que le esperaba. Este adonis se obsesionó con bella desde el momento en que la vio, siendo este el momento en que todo comenzó a ser peor.

Bella se enamoró perdidamente. En contra de los consejos de Roxana quien le decía que, a pesar de su parentesco con Max, éste no representaba buena compañía, Bella hace caso omiso y se

deja enredar de un joven iluso que sólo pretendía poseer y perjudicar la vida de una jovencita aún virgen, llena de pureza y de ilusiones, que deseaba mantenerse intacta. Max se jactaba con sus amigos sobre su relación con bella, e incluso manifestaba que mantenía con ella una vida sexual activa.

Max empezó a ofrecerle drogas a Bella, quien luego de tanta insistencia y en aras de experimentar nuevas experiencias acepta. Sin embargo, sus calificaciones y su responsabilidad académica empiezan a decaer, llegando al punto en que ni siquiera con su amiga Roxana mantenía comunicación, su mundo empezó a girar en torno a las drogas, las fiestas y Max. Él le compraba todo lo que ella quería e incluso le prometió que nunca le faltaría nada al lado de él, lo cual desencadenó en Bella la pérdida de su interés en el estudio, dejó de llamar a sus padres y a Mateo. Todo lo que la caracterizaba desapareció tanto física como mentalmente, sus bellos ojos habían quedado ocultos detrás de un material sintético que los hacían azules y su rostro detrás de un maquillaje que trataba de disimular el trasnocho y el abuso del alcohol y las drogas, lo único que quedaba de ella era su pureza, aún no se había entregado a Max, quizás por algún vago recuerdo de lo máspreciado que poseía. A Max en medio de su desespero se le ocurrió el macabro plan de ofrecerle una droga a Bella que la dejaría inconsciente y así poder satisfacer su lujuria descarriada.

El maldito plan se llevó a cabo en una fiesta de disfraces, un viernes 31 de octubre, en donde Bella se encontraba pasada de tragos e incluso de drogas. Aprovechando esto, Max le ofreció una pastilla disfrazada de éxtasis que era realmente un poderoso somnífero, el cual aceptó debido a la confianza que ella le tenía. Bella se tomó la pastilla y en cuanto ésta le hizo efecto su novio abusó de ella sin saber que no reaccionaría. La pastilla indujo a bella en un coma irreversible, sin embargo, Max nunca estuvo allí

para apoyarla a ella y a su familia, por el contrario utilizó el dinero de su familia para huir del país después de cometer semejante barbaridad. Pasaron días, incluso semanas y Bella no daba señales de conciencia, sus padres y familiares sólo sufrían incluyendo a Mateo, quien nunca se atrevió a expresarle cuánto la amaba.

Finalmente, un día Bella volvió en sí, dejando a todos realmente sorprendidos pero infinitamente alegres. Después de unos días de recuperación y al verse en el espejo, Bella quedó realmente triste, pues lucía muy deteriorada además de que estaba frecuentemente enferma. Sus padres no tuvieron otra opción que contarle el terrible secreto que estaban tratando de ocultarle por tratar de protegerla. Max le había contagiado el SIDA y por lo tanto a Bella le quedaban pocos días de vida. Como es de suponerse, la noticia la dejó devastada y después de un largo proceso de aceptación y de tratar de ocultarse del mundo, le pide a sus padres que busquen a Mateo, ya que necesitaba verse con él de manera urgente. Al encontrarse con su amigo, le pregunta si aún recuerda las palabras que le dijo al oído el día en que se despidieron en el terminal, a lo cual Mateo asiente afirmativamente. Bella, sonriendo le dice que sólo anhela que cumpla lo dicho, Mateo revienta en llanto jurándole que sí.

Al poco tiempo Bella fallece dejando un gran vacío en sus seres queridos. Mateo cumplió su promesa, y si quieren saber cuál fue la promesa y cómo fue, sólo diré que a Bella le prometí que cuando fuese un escritor, mi primer libro trataría sobre ella, inmortalizándola con mis palabras y dejando una enseñanza en él para las demás personas. Tristemente la enseñanza se generó en el dolor y la insensatez de la mujer que amé tanto en silencio. Sólo

me queda decir que la responsabilidad de no caer en desgracia pertenece a nosotros mismos y que debemos escuchar a quienes nos han amado siempre y sin condiciones y que la libertad conlleva en sí una gran responsabilidad con nosotros mismos y con nadie más.

RICHARD OYOLA GALVÁN

Facultad de Educación,
Programa Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana



CIELO NEGRO EN BALMINTOWN

Balmintown era un pueblo pequeño, pero con grandes misterios. Por ser un pueblo tan pequeño todas las familias se conocían y tenían buenas relaciones. Una de las familias que integraba el pueblo era la familia de apellido Moon, conformada por cinco integrantes. Edmon, un señor con una estatura de 1.90, cabello castaño claro, ojos azules como el mar profundo y el de piel blanca como las nubes del cielo; junto con él, vivía su esposa Issabela una dama de cabellera larga y rubia, ojos verdes como el verde de las esmeraldas y de piel blanca como las nubes del cielo. Producto del amor tan grande que estos esposos se tenían nació una niña, llamada Sophie y un niño llamado Andrew. Sophie, tenía un cabello rubio como el de su madre y ojos azules como el mar profundo de su padre. Andrew, era lo contrario a su hermana, tenía el cabello castaño de Edmon y los ojos verdes esmeralda de Issabela. Con ellos vivía la abuela de Sophie y Andrew, quien era también la madre de Edmon, Rosaline.

Rosaline, era una abuela con cabello largo y de color cenizo, el hermoso color castaño que antes tenía ya se había desvanecido por el paso del tiempo. Sus fieles compañeros siempre fueron los pájaros. Sin importar el clima, muchos tipos de pájaros llegaban de visita al jardín de la casa: carpinteros, alondras, abejarucos, azulejos, arañeros cejiblanco, atrapamoscas, pechirojos, barranqueros, currucas, loros y hasta golondrinas, todos ellos poseían alas con colores esplendidos y llamativos que la llenaban de alegría. El verlos volar le daba paz y tranquilidad a su alma.

Un día los cinco integrantes de esta bonita familia se fueron de paseo a un parque, este parque estaba situado en el centro del pueblo y poseía unos jardines bellísimos con distintas clases de flores, arbustos y árboles con frutos. Disfrutaron de una tarde agradable en compañía de otras familias del pueblo. Sophie y Andrew dedicaron parte de su tarde a recolectar toda clase de frutos que los arbustos y árboles dejaban a disposición de todos. Sophie, encontró un arbusto pequeño que tenía algunas ramas marchitas, pero con unos frutos de color rojo, un rojo que los hacía ver apetecibles y perfectos para algunas deliciosas preparaciones. Ella recordó que su abuela Rosaline preparaba deliciosas comidas con frutos simples, preparaba mermeladas, tortas y todo tipo de postre que hiciera felices a sus nietos.

Cuando fue anocheciendo ya todos se disponían para regresar a casa, Sophie había olvidado la cesta donde tenía los frutos que había recolectado del arbusto de ramas marchitas y frutos rojos. Ella regreso a donde sus padres y su abuela habían estado sentados la mayor parte de la tarde, encontró los frutos y volvió con su familia para regresar a casa. Tan grande era el afán de Sophie de que su abuela le preparara un delicioso postre que no dejó que su madre identificara que tipo de frutos eran.

La abuela Rosaline junto con Sophie, buscaron los implementos necesarios para la preparación del postre: huevos, harina, leche, azúcar y demás elementos esenciales para que el sabor del manjar fuera perfecto. Por supuesto, dentro de la lista de implementos estaban los frutos recolectados por Sophie y por su hermano Andrew.

Siguió todos y cada uno de los pasos de la receta del postre a la perfección y en poco tiempo Rosaline ya tenía en el horno el pay de frutos rojos. La abuela subió a su recamara para descansar mientras el pay cumplía su tiempo de preparación, pero tan grande era su cansancio que quedó profunda y ninguno tuvo la crueldad de interrumpir un sueño tan placentero como el que se veía, tenía la querida abuela Rosaline. Issabela por su parte decidió continuar con la preparación de pay, lo horneó a 200°C por 45 minutos, la temperatura y el tiempo exactos para que adquiriera un delicioso sabor. Lo sacó y lo dividió en partes equitativas para los cinco integrantes de la familia. Decidieron comer cada uno su parte y guardar lo que quedaba para la abuela Rosaline en el horno hasta que ella despertara.

Al día siguiente Rosaline despertó algo confusa, descendió del segundo piso y se dirigió a la cocina. Al entrar allí observó que Edmon, Issabela, Sophie y Andrew aún estaban en el comedor y que sus platos tenían parte del pay. Se sorprendió de que la pequeña Sophie no hubiera comido del todo su parte, así que se dirigió a ella con la intención de despertarla, pero no despertaba. Sacudió fuertemente a Edmon, pero el tampoco despertaba, después de revisar sus pulsos pudo comprender que no volverían a despertar. Algo dentro de ella murió y ese algo, mientras moría, desgarró su interior. Sus cuerdas vocales hacían parte de ese interior y quedó sin habla, tan duro fue su dolor que el hablar se le hacía imposible.

Muchos de los vecinos fueron a auxiliar a Rosaline, pero se les hacía muy difícil asimilar la idea de que todos en la casa habían muerto, que la abuela estuviera sana y salva, y esta que no quisiera contar nada de lo sucedido. Estaban melancólicos, pero también desconcertados. Llegaron todo tipo de deducciones a la mente de los vecinos, hasta la descabellada idea de que Rosaline era una bruja y que había hecho un ritual en el que sacrificó a su familia.

Rosaline escuchó todo tipo de comentarios acerca de ella y también de la mejor manera de deshacerse de una bruja. El ambiente se apaciguó y poco a poco los vecinos fueron saliendo de la casa de los Moon, hasta que la abuela quedó de nuevo sola. Tanto odio y tristeza en el ambiente la obligaron a descansar en el sofá. Allí, a pocos metros de su familia muerta, se acostó deseando estarlo también, cerró los ojos y el sueño la atrapó.

Todos los vecinos hicieron un tumulto afuera de la casa de los Moon, imaginaron, especularon, conversaron, debatieron y llegaron a la conclusión de que Rosaline era una bruja y que su acción debía tener un castigo. Mientras ella dormía, los vecinos con quien ella había vivido y compartido tantos días de su vida, buscaban la manera de asesinarla. Uno de ellos sugirió que fuera envenenada, otro promovía la idea de que fuera desterrada del pueblo y otro dijo que debería ser ahogada en algún lago profundo.

Ninguna de estas ideas convencía a los habitantes del pueblo. Hasta que todos decidieron que la abuela sería quemada y así, según ellos, su alma sería liberada de todos los demonios que el diablo había puesto en ella.

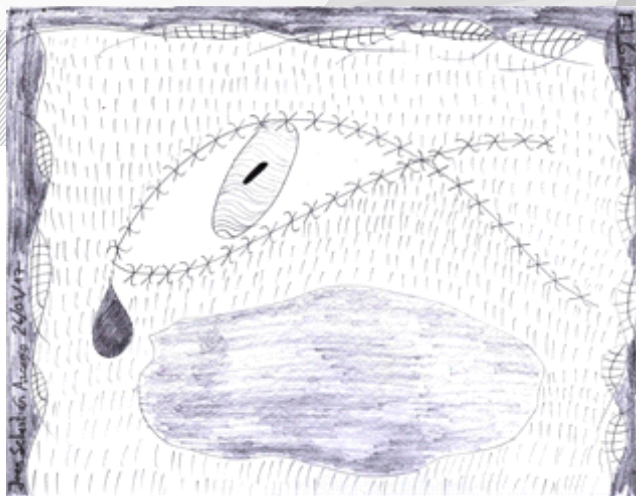
Incendiaron la casa y junto con ella los cuerpos de la familia, cuatro de ellos muertos y uno muerto en vida. La casa fue quemada hasta sus cimientos y solo montañas de cenizas quedaron de ella.

Como era costumbre, los pájaros amados de Rosaline llegaron a su visita habitual pero no encontraron rastro de su querida abuela, solo un terreno grande cubierto de cenizas. Los pájaros buscaron y buscaron con sus picos y garras entre las cenizas a su preciada abuela, pero no encontraron nada de ella. Al terminar de buscar y de no encontrar nada, se vieron cubiertos de cenizas y sus colores esplendidos y llamativos ya no estaban. Volaron lo más alto que pudieron, llevando entre sus alas las cenizas de Rosaline y esparciéndolas por todo el cielo de Balmintown. El cielo se tornó negro al igual que las alas, picos y garras de los pájaros. Muchos dicen que estos pájaros que le tenían un inmenso amor a la abuela Rosaline decidieron vestirse de luto y permanecer por siempre así. Y que de allí nacieron los cuervos guardando tristeza en sus alas y cuerpos oscuros.

LINA FERNANDA BALMACEA FLÓREZ

Facultad de Educación,

Programa Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana.



EL GOLPE

Toc, toc.

-¿Quién es?-Dijo un hombre desde adentro de la casa.

-Soy yo.-Dijo una chica.

Ella escuchó el ruido del cerrojo siendo destrabado mientras se limpiaba el sudor de la frente. El hombre asomó la cabeza sin abrir por completo la puerta.

-¿Cómo estás, Fátima?

-Bien. ¿Para qué quieres hablarme?

-Pasa, ya lo verás.

Apenas pudo terminar de pronunciar estas palabras porque el hombre la sujetó de la cintura y la besó. La llevó contra una pared para continuar besándola; luego, empezó a romper su blusa.

-No sigas –dijo apartándolo- puedo quitármela.

Dejó de sujetarla. La empujó hacia un sofá. Le dijo: “Hazlo”.

Fátima empezó con la blusa. Después siguieron los pantalones y los zapatos. El hombre agarró la ropa y la arrojó al otro lado de la sala. Se acostó encima de ella y le bajó la tanga hasta las piernas.

La miró a los ojos, unos ojos aguados. La penetró entonces, sin apartar la vista. Duró quince minutos en tal postura hasta eyacular dentro del condón.

El hombre se levantó del mueble y le entregó la ropa a Fátima en las manos. Ella se vistió de prisa.

Cuando terminó de anudarse los cordones, lo miró a los ojos. El hombre la alzó y apretó sus brazos con las manos. La llevó hasta la puerta, la abrió totalmente y le dijo: “Sal”. Fátima sintió el viento en la cara, dejó de mirarlo. El hombre soltó ambos brazos.

Cuando dio el primer paso afuera escuchó un sollozo. “Perdóname, Fátima, yo te amo, no quise hacerte daño. Tenía tantas ganas de estar contigo...”. Fátima retrocedió. El hombre estaba de rodillas suplicando perdón con los ojos cerrados.

Ella, frunciendo el ceño, pateó su nariz. Brotó abundante sangre.

En el suelo, retorciéndose de dolor, escuchó estas palabras: “¡Mi nombre es Yale!”

Luego salió a la luz del mediodía. El hombre la vio alejarse en una motocicleta al tiempo que su vista se nublaba poco a poco.

JOAN SEBASTIÁN ASCANIO PABA
Facultad de Artes y Humanidades,
Programa Comunicación Social



EL CORAZÓN NEGRO DE LAS SIRENAS

Los primeros en avistar el desgastado barco en el horizonte del mar fueron algunos niños que recolectaban almejas en la playa en las horas de la mañana. De inmediato, atemorizados por aquella visión esparcieron el rumor de piratas con tanta rapidez y alarma que en menos de media hora un grupo de curiosos se encontraba en el muelle esperando ansiosos la llegada de la misteriosa nave.

Se acercaba muy lentamente y hasta ahora no habían visto a nadie asomarse sobre la proa. Parecía uno de esos barcos fantasmales que habían sobrevivido a la muerte de su tripulación. Era rústico, de gran tamaño y solo los más viejos podían recordarlo. Reconocieron entonces con algo de dificultad, por su pobre memoria, el barco que hace treinta años vieron partir felices y llenos de esperanza de que su tripulación habría de traer infinitos beneficios a su ciudad costera.

El capitán, como lograban recordarlo, era alto, acuerpado y poseedor de una espesa barba negra. Era llamado por todos el Capitán Manrique y era un especie de héroe para todos. Una fuente de entretenimiento andante que a cualquiera, dispuesto a oírlo, le relataría sus viajes más allá de todo lo conocido. Contaba que había navegado en aguas desconocidas, que le había sacado los ojos a cíclopes imprudentes, y la forma en que se aseguró de que Inglaterra perdiera ante España en la batalla de Cartagena de Indias. Y así aumentaba su leyenda, su fama y el respeto hacia semejante hombre.

Nadie lo amaba más que Elida María Deluque. Bella señorita de carácter seco que había sido siempre cortejada por los solteros más adinerados, a estos, precisamente, ella los torturaba con sus encantos, los dejaba siempre pidiendo más, y los manipulaba tan bien que a veces ellos creían poseerla cuando no, ella solo jugaba con sus sentimientos. Estas costumbres se le acabaron cuando conoció al capitán.

Fue el quien la hizo sufrir con la vieja técnica de aparecer en sus sueños cada noche impregnándose totalmente en su corazón poco a poco. Por supuesto, el capitán también correspondió en sus afectos y después de cada viaje regresaba directo a su casa a vaciar sobre su lecho oro de tesoros piratas, perlas brillantes del puerto de Riohacha, corales que recogió él mismo del fondo del océano, el diente de un tiburón, diminutos camarones, medusas luminosas, y las cartas perfumadas que le escribía. Ambos terminaban desnudos amándose y revolcándose sobre las incontables fortunas.

Todo fue felicidad entre los dos hasta que el capitán no regresó después de un viaje. Se había planteado una ruta marítima que lo habría de llevar a nuevas tierras aún no descubiertas. Su misión era colonizar esas tierras y traerle gloria a su nombre y a los suyos.

Para lograr tal hazaña el capitán había construido un barco enorme con las capacidades necesarias para aniquilar enemigos y almacenar los suficientes recursos para no morir de hambre en altamar.

Había bautizado al barco con el mismo nombre de su amada. La última vez que vieron al Capitán Manrique, este besaba apasionadamente en el muelle momentos antes de iniciar el viaje a su enamorada y le juraba regresar por ella, y ella le juraba esperar por él. Conscientes de que nada, ni si quiera el tiempo y la distancia, podía acabar con ese amor, se despidieron para no volverse a ver durante décadas.

Así que entonces la nave que se aproximaba, era el Elida María. La suposición se hizo cada vez más convincente entre los espectadores del muelle. No eran mucho más de treinta personas y todos daban una teoría diferente sobre lo sucedido con la nave. Creyeron que estaban muertos. Solo quedaba la carcasa del barco.

Para su sorpresa, dos marineros delgados y bajitos se asomaron a la proa tratando levantar algo notablemente pesado del suelo. El barco estaba a pocos kilómetros de la playa así que tuvieron que entrecerrar sus ojos para ver a la bestia que cargaban los extraños. Todos suspiraron asombrados. Era él. O lo que quedaba de él. Todo el encanto varonil del Capitán Manrique había desaparecido.

De repente alguien irrumpió en la multitud anunciando que había llegado la Elida María de carne y hueso, por lo tanto, ninguno pudo objetar cuando ella se abrió paso hacia al borde del muelle y trató de observar lo que sucedía. La vida le había conservado su belleza tan bien que parecía una ninfa indigna de este mundo. Había soñado con el Capitán constantemente y eso era lo que alimentaba su pasión y sus deseos de verlo. Su corazón, que se había mantenido indiferente a los demás hombres en espera de su amado, latió intensamente cuando vio a lo lejos al capitán

Manrique envejecido, decrepito, y evidentemente ciego. Algo se derrumbó dentro de ella. No halló ninguna similitud entre ese moribundo y su enamorado. Elida retrocedió unos pasos tratando de no desmayarse de la tristeza y todo o que alcanzo a decir fue:

— ¡Háganle un favor a ese pobre hombre y díganle que no me busque! ¡Díganle que estoy muerta!

Y luego salió corriendo del lugar. Elida no gritó con tanto ruido como quiso temiendo que el capitán la escuchara. Pero luego averiguaron que, de igual manera, el capitán además de ciego estaba medio sordo. El barco por fin arribó en el muelle y los marineros cargaron a Manrique ante nosotros. Le confirmaron que había vuelto a casa. Cayó arrodillado bastante conmovido. Estaba notablemente mareado y se le dificultaba respirar. Cuando alzo su cabeza vimos sus ojos grises carentes de luz. Movi6 los labios tratando de articular y cuando por fin lo logro exclam6:

— ¡Elida, mi amada! ¡Elida! ¡¿D6nde est6s?! ¡Llévenme con ella!

Y nadie supo que decirle.

JUAN DIEGO GALLEG0 VILLEGAS

Facultad de Educaci6n,
Programa Licenciatura en Lenguas Extranjeras.



TRÁGICO ENSUEÑO EN UNA CAMILLA

De pronto te veo allí acostada sin una aparente intención de levantarte o moverte. Sigues pensando en aquel gran suplicio que delata esa pesada lágrima que con dificultad se desliza por tu mejilla. Miras hacia el techo y recuerdas que preservaste tu destino de una tragedia semejante a la que te ha traído hasta esta guarida de malhechores. Te sientes cansada y obnubilada. No has querido que nadie consejo te ofrezca, puesto que a estas alturas todo te resulta inútil. Te has entregado completamente a tu insegura decisión. Pareciera incluso que te aborreces a ti misma. Pasan los minutos y el macabro festín no da inicio, entonces dormitas y así relajas tu tenso cuerpo. Deseas reposar un poco al cerrar tus ojos, pero no lo consigues, todo lo contrario, vuelves a ese lugar y a ese momento en que transformaron tu existencia para siempre.

En lo más profundo de tu mente adormecida estás deslumbrante, con una sonrisa cálida y angelical que es reflejo de la fortuna que incondicionalmente solía acompañarte. Bailas bajo la plenitud de tu inconmensurable y pura belleza. Nada perturba tu dicha. Eres como una diosa en todo su esplendor. Pero sabes que no durará mucho tiempo. Tu momento de regocijo se desvanece en cuanto percibes la aparición del monstruo que osó empañar el brillo de tu perfección. Te preguntas por qué lo hizo, por qué te eligió y tu inocencia te llevó a subestimarle. Aun estando profunda lloras al revivir las imágenes de su asecho y tu cuerpo se sobresalta mientras eres presa de esa terrible pesadilla que le ha arrancado la tranquilidad a tu sueño.

Y es en ese instante que le ves sacarte de aquel lugar lleno de música y luces para arrastrarte a un solitario pastizal donde habría de ultrajar tu fino vestido. Entonces, oyes los gritos que no pudieron salir de tu boca porque él te lo impidió. Ves tu propia figura resignada a la marca que su piel labraría en la tuya. Sin remordimientos, ese desconocido violó el umbral a tus entrañas y desojó brutalmente tu flor, que pese a todo no se marchita. Una vez saciada su sed de ti, el cruel monstruo se marcha sin saber que ha hecho algo más que macular tu pulcro interior. Huye sin percatarse de que ha condenado a otro inocente y que le ha atado a tu desventura. Pero tú sí lo sabes, pues está allí y hasta en el oleaje de tus recuerdos más turbios lo puedes sentir. Él vive y crece en tu gracia de mujer.

Ahora que alcanzas un sueño profundo, visionas un futuro paralelo y parece que la pesadilla se atenúa. Llegas a estar más cómoda y livianamente reconfortada, porque hay alguien a tu diestra que te sonríe y te cuenta historias, alguien que te da la impresión de haber conocido desde siempre. Además, embellece el parque en que se encuentran. Ese nuevo ser te protege, te trae un regocijo sin igual y a su lado sientes que olvidas las penas de la vida.

Lo admiras como tu mejor obra, como el camino y el propósito de tu existir; un hombre hecho y derecho en quien te complaces. Quisieras congelar ese instante de felicidad plena, pero de repente tu compañero se va. Su mano derecha se desliza por tu hombro y con un gesto melancólico en su mirada te dice adiós. Tú le suplicas quedarse y él te hiere exclamando que no es más que un espejismo, una invención de tu mente, o los restos de quien fue y no llegó a ser. Entonces, su presencia se diluye en el espacio y un grito desesperado se desprende de tu corazón.

¡Qué desgracia que ya no puedas despertar! Uno de ellos te anestesia para prolongar esa pesadilla que resurge con la fuga de aquel hombre que ante tu angustiada presencia se reduce a un infante. Te das cuenta de que es frágil y de que está en un grave peligro. Quieres salvarlo, pero has perdido tu oportunidad; te quedaste demasiado dormida. No te culpo, repito, estabas exhausta. No resistes ver sus ojos llenos de lágrimas y su clamor aterrorizado. Mas tú lo permitiste, tú dejaste que los asesinos se le acercasen. Él también desea ser socorrido, mientras le enmudecen sin reparo alguno. En lo más profundo de tu sueño inducido, intentas evitar que sea masacrado apelando a su inocencia. El intenso suspiro que emana de tu interior acusa el temor que no logras apartar de su corazón, pronto extirpado de su pecho; ni de sus agitadas manos, pronto desmembradas; ni de sus incesantes pies, pronto arrebatados de su tronco.

Una semilla plantada en tierras ajenas floreció contra la adversidad. Su fruto te amaba y quería refugiarse en tu interior como si tratase de una fortaleza que ampara de los peligros exteriores. Quizás si hubieses pensado que su amor sería capaz

de vencer tu dolor, su destino habría sido muy diferente. De todos modos, ya no importa, los indolentes asesinos, de vestimenta blanca y rostros sudorosos, han actuado rápidamente y la tortura medieval ha sido concluida.

Poco tiempo después, la pesadilla termina y la anestesia empieza a abandonar tu cuerpo. Entonces adviertes súbitamente que el nuevo ser ha desaparecido; sólo te queda un río de su sangre entre las piernas y un enorme vacío en las entrañas. Tus ojos desorbitados, tus labios apretados y una vena brotada en la frente acusan tu inconsolable desolación. Te lamentas ahora sobre el cadalso que preparaste para tu mártir. No sigas acostada en esa camilla, que en el patíbulo de tu vientre se ha cumplido tu anhelado deseo. Se ha ido quien resarciría tus múltiples heridas. Se ha ido el niño que no podrá ser el hombre hecho y derecho de tu sueño. El que tanto repudiaste, jamás te dirá mamá. Limpia la escena del crimen y echa a andar sola. Vive de su recuerdo, de sus cenizas.

JHON EDINSON PABÓN ASCANIO

Facultad de Educación,
Programa Licenciatura en Lenguas Extranjeras.

ABATIDO EN LA CIUDAD

Era una de esas tardes en las que el sol parecía estar cada vez más cerca de la tierra y uno llegaba a pensar que se iba a derretir. No me había afeitado, el reloj marcaba la una p.m. tenía que estar a las dos de la tarde en clase; la cuestión no pintaba para nada favorable, vivía muy lejos de la universidad y por lo tanto tenía que irme con una hora de anticipación.

Tomé el transporte al centro de la ciudad y, una vez conseguí asiento, Morfeo me venció en el primer asalto, supongo que narraré lo que fue esa pelea: ¡tlin tlin tlin! En esta esquina el retador con 1.65 de estatura que no ha ganado una pelea desde un tropezón en el bachillerato... ¡tlin tlin tlin! en esta otra con 2.05 metros de estatura, una tonelada de peso en cada puño, vencedor de titanes... ¡Moorfeo! Se juntan en el ring ambos contendientes, el juez da las instrucciones y ¡que empiece el combate! Morfeo empieza acechando al oponente con un ataque que parece psicológico, Diego retrocede hacia las cuerdas y cerrando poco a poco sus ojos; una vez cerca de la esquina del cuadrilátero, Morfeo tiene acorralado a su rival con su particular estrategia, con su brazo izquierdo toma la distancia de lo que será su mortífero golpe y ¡paf! Un derechazo en toda la cara. Diego derrotado por Knock out técnico.

Una vez despierto, me bajé del autobús en el Parque Mercedes; pasando por todos los almacenes de ropa, negocios de lavado de activos, los populares “agáchese”, paré en una licorería y compré medio paquete de “Marlboro” porque no había “Lucky Strike”. Seguí mi camino hasta llegar a una maloliente esquina... o mejor

una esquina donde se conjugan los olores de la comida callejera, de los prostíbulos, de la basura de los locales de los alrededores, de esas que con esa graciosa ironía dice: “venga mito, pase por acá que no le va a pasar nada”. Llegué al Parque Nacional, y caminé hasta mi universidad.

Mi caminar parecía zombificado, como al ritmo de un borracho blues, traía dos camisas puestas: una larga de cuadros encima y debajo una camiseta negra, me amarré la primera a la cintura. La ciudad parecía ser castigada por el mismo infierno, cada paso que daba a la universidad era como si estuviera pagando una penitencia por algún pecado conocido, otro desconocido y los que me faltan por cometer. Una vez dentro de mi “alma mater” me senté en la cafetería, tomé un café de esos de \$500, fumé un cigarrillo, miraba a mi alrededor como queriendo entender mi entorno... era como si estuviera armando un rompecabezas.

Entré a la clase de las 2:00 p.m. mis compañeros y yo teníamos que sustentar un trabajo sobre Edgar Allan Poe. Durante las sustentaciones miraba mi celular, lo observaba como si esperara algo de ese aparato, como si de ahí saliera algo que me ayudara a sobrellevar ese spleen que cargaba conmigo, ese dandy del desasosiego que ha reconocido la bastardía de su ser. Todo en ese momento era como estar en un espiral, hasta que un mensaje llegó a mi celular, era mi mejor amiga.

-“¿qué haces?” me escribió.

-“acá aburrido en clases, salgo a las cuatro ¿Por qué?” Le dije.

-“para vernos y charlar un rato, ¿nos vemos a las 4:30 en la terraza del centro comercial?”, me respondió.

-“dale” le contesté... ahí terminó nuestra electrónica conversación.

Llegó mi turno de explicar mi taller, hablé sobre Edgar Allan Poe como si me la pasara con él jugando billar o tejo, compartiendo el whiskey y el rapé. Después esperé a que terminaran las sustentaciones de mis compañeros, tenía ganas de irme, ganas de estar con ella, de pasar ese calor que le derriten el poco de cerebro que le quedan a esos mandatarios de peluche, ganas de hablar mierda... querer mandar todo al carajo – y pienso que el carajo es una entidad con muchísimas posesiones, porque la humanidad a lo largo de su historia ha mandado muchas cosas hacia allá. Miraba el reloj de mi celular como la persona que espera el veredicto de un juez, mejor como el reo que espera la hora de salir de prisión y respirar la libertad.

El tiempo es un ente tan neutral que es imposible llamarlo benefactor, y mucho menos acusarlo de inequidad, el reloj marcó las cuatro de la tarde; entregué mi trabajo, salí del salón, me fui de la universidad, era jueves y no tenía ninguna clase los viernes. Puse mis cansados pasos por la avenida, iba rumbo al centro comercial... a esa terraza, allá me esperaría, de lo que hablaríamos se lo dejaba al momento, a lo que alguna vez fue nuestro “aquí y ahora”.

Llegué al centro comercial, subí las escaleras eléctricas hacia el tercer piso, caminé hasta un lugar que daba hacia la terraza, y allí estaba ella, puede que seamos amigos (muy grandes amigos, pero me permito decir que es una mujer muy hermosa), vestía con botas negras, blue jean, una camiseta negra de castlevania y una camisa de cuadros verde. Todo combinaba perfectamente con sus ojos cafés y su pelo negro corto; tenía una mirada cansada pero rebosante de ternura, tenía su morral en la espalda y en su mano una bolsa del supermercado “Jumbo” y adentro dos “sixpack” de cerveza Póker. Nos saludamos como siempre, como si hubiera

pasado un año de no vernos, me preguntó que si tenía cigarrillos, le dije que sí y enseguida caminamos hacia la terraza, ella las cervezas, yo los cigarrillos, ella estaba hecha de piedra “Made of Stone”, yo estaba hecho de carne y hueso, mi cuerpo abatido por un sol ametrallador, por un sol que decía: “aquí les va mis balitas calibre 45 calentadas a 45° C”. Yo solo veía la salvación en las cervezas que tenía mi mejor amiga.

Nos sentamos en un pasadizo de la terraza en un lugar con sombrita, sacamos dos cervezas en lata, destapé la mía y salió un sonido familiar, ese sonido cuando se destapa una cerveza ya sea en botella o en lata es demasiado esperanzador, como si allí se encontrara un medio para ensopar cualquier parte del día, a mi juicio es el sonido que debería tener el santo grial. Luego prendimos unos cigarrillos, alcohol y tabaco, ella y yo... creo que era lo único que necesitábamos.

Hablamos de lo que había pasado con nuestras vidas, de cómo el estudio y el trabajo tomaban nuestro tiempo, de cómo el calor de la ciudad nos iba a sacar a correr a tierras frías tarde o temprano, otra cerveza, otro cigarro y siga que no ha llegado la noche para cuidar a mis gatos y mis perros. Hablamos sobre la insoportable levedad del ser, esa levedad de estar y existir, esa misma que te deja una mezcla de sentimientos en los días –yo creo que Kundera nos hubiera escuchado un poco si nos conociera, o a lo mejor se quedaría charlando con nosotros y tomando buenas birras-, charlamos sobre la maldición de conocer, de mirar más allá de nuestras narices, de saber lo bastardos que somos... de saber que el interés de nosotros se encontraban en las buenas películas, en el rock and roll (porque a ella no le gusta el jazz) y en los libros, que era mejor pegarse un tiro que estar viendo los realities chimbos de la tv y las narconovelas que son un promotor de corrupción y de valores sucios.

Con el tiempo se acabaron las cervezas, bajamos de la terraza al supermercado y ella compró otro “sixpack” y un paquete de merengues verdes, por mi parte compré otro paquete de cigarrillos. Subimos a la terraza a seguir tomando, recordábamos a Jim Morrison y a sus canciones llenas de esa esencia dionisiaca que revolucionaron una época, mi amiga después encendió un cigarro, destapó una cerveza y puso a sonar en su celular una canción de Jim, que a pesar de resucitar cada cinco minutos en París y de dar vueltas por el “Pere Lachaise” y embriagarse con vino cerca de la estación del metro, aún cobra vigencia en el mundo del Rock... sonó “The severed garden” ella cantaba con una pasión única; esa canción cantaba su vida, o mejor, era un canto a su vida, era una poesía hecha música que el joven James Douglas Morrison le había dejado a ella y a otras musas. Mientras tanto yo la observaba, veía a su espíritu ir a unas alturas que la Nasa quisiera conocer, su cuerpo levitaba con la música; yo había terminado mi cerveza y comía merengue verde acompañado de un cigarrillo, cada vez que expulsaba humo por mi boca mis ojos veían humo verde que iba a perderse en las nubes, mi amiga y yo botamos bocanadas verdes, mirábamos las nubes como si ellas fueran cómplices de todo lo que pasaba a una chica hecha de piedra y a su amigo abaleado por el sol de la ciudad.

Había llegado la noche, a una caneca de basura, de manera discreta, llegaron a parar todas las latas vacías y las colillas de cigarrillo, caminamos hacia donde ella toma el transporte hacia su casa, nos despedimos con un

abrazo y un beso verde; después caminé siete cuadras donde pasa la ruta del bus que va hacia mi barrio. Una vez en mi habitación, dormí no tanto por descansar, sino para recuperarme de las heridas de bala calibre 45 calentadas por el gánster, El Sol a 45°.

DIEGO EDUARDO SILVA

Facultad de Educación,
Programa Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana.

EL ABORDAJE

Un anciano de cabello rubicundo y ajada barba se desplazaba parsimoniosamente por las húmedas calles de la ciudad. Los fuertes vientos que le zarandeaban eran increíblemente álgidos y el estrecho abrigo con el que se vestía no lograba guarecerlo con efectividad. Hacía ya unas dos o tres semanas que una recia temporada de invierno se había consolidado en aquel paraje y rarísimo era ver gente fuera de los edificios después de las cinco de la tarde; lo de aquel delgaducho y maltrecho viejo era una muy clara excepción.

Después de haber pasado por unas veinte casas, el hombre ya había perdido toda esperanza, seguía caminando y llamando a las puertas como por inercia, pues, en el fondo, ni él mismo creía que alguien le fuese a abrir. De vez en cuando alzaba la vista y con sus desgastadas retinas atinaba a vislumbrar muy vagamente las formas de las construcciones; todos los colores que él percibía -ya sea por su pobre visión o por el cariz de infelicidad que adoptaba la urbe con aquellas nubes enlutadas cubriendo al cielo- eran sólo grises. Le entristecía sobremanera aquel cuadro inerte al que se enfrentaba su visión y volvió la cara hacia sus manos para poder distinguir algún pigmento diferente; por desgracia su piel parecía ser gris también. Entonces, desesperado, elevó su brazo izquierdo hasta el nivel de su cabeza y se quitó de un solo tirón un mechón de pelo. Luego lo acercó a sus ojos y un pequeño alivio retorno a su espíritu: las luengas hebras de cabello, aun cuando ya empezaban a presentar algunos vestigios de vejez, conservaban una ínfima coloración entre naranja y roja, los únicos colores cálidos que podían hallarse en aquella roca glacial con forma de ciudad en la que él se encontraba.

Mientras se hallaba ensimismado con la observación de su trocillo de pelo, un perro, que dormía debajo de algunas cajas en un callejón próximo a él, salió de su escondite y se le acercó cautelosamente. Cuando el viejo se percató de su presencia, un reflejo involuntario le hizo retroceder. El perro lo observó con detenimiento y al cabo de unos segundos se paró en dos patas y abrió el hocico:

Malas tardes mi amigo desconocido, ¿está listo para abordar?

¿Qué? Preguntó el anciano.

Abordar, ósea volar compañero explicó el perro.

¿Perdón?, ¿acaba usted de darme malas tardes?

Por supuesto le contestó, ¿no se ha enterado del horrendo clima que nos está asediando?, sólo mírese, parece que estuviera bailando.

El anciano bajó la vista para observarse. En efecto, su cuerpo tiritaba miserablemente. ¿Cuánto frío habría de hacer para que su percepción estuviese tan afectada que no pudiese darse cuenta del temblor que se propagaba por sus carnes enjutas? Además, ¿de dónde sacaban sus miembros tanta energía?

Él ya se sentía casi muerto, el que respondiese alguna parte de su cuerpo a un impulso voluntario era ahora una cuestión que le pertenecía al azar. Volvió a dirigirse al perro:

¿Abordar?, no veo en qué pueda abordar.

Usted no más imagínelo, utilice los sesos que aún no se le han congelado y piense en un avión, o en una nave. ¿Nunca ha visto alguno?

Sí, pero... el hombre volvió a ver sus manos, éstas ahora no eran grises sino azules, como si la sangre de ellas hubiese sido reemplazada por agua helada; ésa misma que justo ahora

empezaba a caer de aquel estrato nebuloso que se interponía entre el éter y él. En estos momentos no tengo tiempo para abordar, he de continuar tocando puertas concluyó.

¿Por qué?, ¿para qué? Inquirió el can.

Porque necesito entrar a una casa para esconderme del frío atroz que tanto me amedraña le contestó el anciano.

¿Y ello con qué fin? Le preguntó el perro intrigado.

Con el fin de vivir un día más y buscar la manera de trabajar en lo que sea para ganar algún tipo de sueldo.

¿Y para qué quiere vivir de un sueldo?, ¿no le parece deprimente? Volvía el perro a cuestionar.

¡Porque quiero ahorrar lo suficiente como para pagar un viaje y largarme de este insensible mar de edificios, autos y cosas muertas! De esa forma, algún día, podré volver a deleitarme con la venerable lucidez solar y será entonces cuando pueda por fin morir en paz.

Y si su deseo es volver a ver el brillo del Sol y escapar de esta ciudad indolente, ¿por qué no se evita tanto trajín y aborda un avión creado por usted mismo que atraviese el techo de nubes para contemplar directamente al gran astro luminoso? Le propuso el perro sin vacilación.

El hombre meditó estas consideraciones por unos segundos y tan obvios y simples le parecieron los razonamientos del animal, que creyó más absurdo el que a él no se le hubiesen ocurrido antes.

Claro, claro afirmó el viejo asintiendo engorrosamente con su testa. Tiene usted toda la razón, ¿entonces cómo es que traigo el aparato ése?

Es de lo más fácil compañero le comentó el perro con entusiasmo, ponga usted la mente en blanco y pinte con sus pupilas la figura del avión dentro de sus párpados; verá con qué poco esfuerzo le sale.

Entonces el anciano, dubitativo, cerró los ojos y posó la mirada en la tenebrosidad producida por el fino manto que, con naturalidad, cubría sus claros luceros.

¿Cómo puedo poner la mente en blanco si no veo más que oscuridad? Preguntó al cabo de unos segundos.

Lo de poner la mente en blanco es un decir le contestó el can. Entonces ponga la mente en negro, si así se le hace menos complicado.

Bien le oyó decir del hombre y al poco rato éste volvió a hablar, esta vez con pesadumbre. No mi animalito, un avión es muy grande como para dibujarlo dentro de mis párpados; ¿no hay otra cosa más que pueda retratar?

Bueno, pues inténtelo con una avioneta que es más pequeña, además de ligera y práctica. Así con mayor diligencia podremos alzar vuelo.

¡Una avioneta, una avioneta!, ¡sí, sí, es usted un genio para solucionar problemas! Le felicitó.

Luego de la congratulación, el hombre duró unos minutos moviendo la cabeza de arriba a izquierda, a derecha, atrás, en diagonal y en contra-diagonal, como si ésta siguiera el desplazamiento de sus pupilas; luchando tan ávidamente contra la inmisericordia del frío, que hasta graciosa habría de parecerle aquella extraña danza a quien la viese, si es que alguna persona la hubiese visto.

¡Listo! Aseveró el viejo con decidida expectación. ¿Abro ahora los ojos?

Sí, sí compañero fue la respuesta.

Al desunirse los arrugados párpados, un haz de luz golpeó el iris del anciano con una fuerza y con un fulgor tal, que varios segundos estuvo ciego por causa de tan repentino e incontenible destello. Al volver la claridad a sus retinas, la causa de aquel inesperado

resplandor se hizo manifiesta: un tronco metálico escoltado en sus flancos por dos largas planchas de acero y ataviado con gráciles hélices, permanecía sobre el suelo perdiendo gran parte de su garbo, pues era notorio que más belleza ganaría aquella máquina cuantos más metros se elevara por encima de la tierra. Además, con tal pulcritud había sido pulida su piel acerada, que el tenue brillo que se filtraba por las nubes era amplificado al momento de acariciarle y la pintura de colores cálidos que le vestía daba la impresión de que en cualquier momento se exteriorizaría propagándose por cada muro, encandilando a toda la urbe. Rojas eran las hélices, amarillos los asientos y naranja el cuerpo junto con las alas.

El hombre visualizó complacido aquella obra maestra y al momento de tratar de acercarse para formar parte de la misma notó cómo el peso de su tronco no le permitía levantar las piernas. No puedo moverme, está lloviendo me ha congelado el pecho y mis piernas no pueden con semejante carga se excusó el viejo con pena.

No se desanime compañero lo consoló el perro, yo le llevo la aeronave hasta allá y acto seguido se montó en el asiento delantero de la avioneta, la arrancó y muy suavemente se desplazó hasta dejar el asiento trasero justo en las narices del anciano. No podrá mover los pies pero supongo que sí las manos, álcas que yo le doy el empujón que necesita para que logre abordar.

Entonces el hombre, prendido de las patuchas del can, fue ayudado por éste en aquella difícil tarea. Los gigantes y férreos colmillos del animal se aferraron al mando de la aeronave y con denodados esfuerzos éste fue direccionando todo su cuerpo hacia la parte baja de los asientos, donde debían reposar los pies. Desde afuera el anciano iba ascendiendo mientras que con sus manos, cual pinzas, se asían de las patas del perro; así duró unos minutos

hasta que, teniendo ya medio tronco dentro de la nave, se impulsó intrépidamente y cayó en el amplio asiento posterior. Una vez adentro, la sonrisa no cabía en la cara del hombre. Sin decir una sola palabra el perro comenzó el recorrido por la autopista, hasta que la avioneta tuvo la potencia suficiente para alcanzar vuelo. Mientras se alejaban del suelo, el anciano sacó la cabeza por uno de los laterales observando, con la sorpresa con la que miraría un niño, a las edificaciones reducirse hasta asemejar pequeños juguetes y desaparecer en aquella vasta mar grisácea. Y aún con mayor asombro avistó las olas nebulosas revolviéndose en el cénit hacia el cual se dirigía la aeronave.

En qué momento ingresó en las nubes y salió del otro lado para poder contemplar la tibia luminosidad del Sol es algo que no se sabe del todo. Justo en esos instantes su organismo comenzó a sufrir los últimos espasmos de la agonía. Incluso es imposible conocer si feneció primero el cuerpo que con hipotermia se revolcaba en la gélida acera o si, por el contrario, fue la efigie onírica del mismo la primera en desaparecer mientras que, perenne y progresivamente, se alejaba del orbe en aquella delirante e idealizada ilusión.

Aquel día, en aquellas horas de la tarde, la ciudad no parecía lucir diferente. El perro olfateaba con ahínco los pies del viejo, luego los brazos, seguía con la cabeza y después volvía a los pies repitiéndolo todo en un ciclo interminable. Ni siquiera las fastidiosas y pesadas gotas que sollozaban las nubes amilanaban el espíritu curioso del animal. De toda la multitud de seres que habitaban en dicho lugar, fue ese perro el único que presenció el estertor final del anciano. Después de éste, sus músculos perdieron toda rigidez y su mano izquierda se abrió como un cofre; el mechón rojizo escapó de aquella prisión

prisión favorecido por la impetuosidad de las ráfagas y, en su incierto recorrido, las hebras que lo constituían fueron separándose las unas de las otras, siguiendo todas ellas derroteros tan distintos como los que siguen los peces en el infinito océano.

ÁLVARO LANDAZÁBAL BOHÓRQUEZ

Facultad de Educación.

Programa Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana.



LA NOCHE

Corre maldita Ana, corre – grita desde muy atrás Mateo- Maldita puta, te voy a violar, te voy a matar y destrozaré tu cuerpo.

Ana, muy asustada corre sin cesar por las amplias calles oscuras, hay media luna, pero no alumbra lo suficiente para poder ver el camino.

-No quiero morir esta noche, aún no, maldito Mateo cómo te odio.

Llegaron a la playa, Ana, llorando, buscó un sitio donde esconderse, maldiciendo el día que conoció a Mateo, se refugió en un bar lleno de ebrios y drogadictos, pero era el único sitio cercano donde se sentía protegida del maniático Mateo.

- ¿Hola hermosa, quieres beber una cerveza conmigo?
- No, gracias
- ¿Te sucede algo malo?
- Solo aléjate borracho de mierda
- Ohhhhhh jajajajajjaa esta putita está buscando que la dome esta noche.

La vida le cambió a Ana después de aquella noche, su gusto por el libertinaje cada vez era más frecuente, Camilo, su novio, le enseñó a tener el mejor sexo del mundo, cada día eran poses distintas y utilizando más juguetes eróticos. Un día decidieron hacer un trio con la mejor amiga de ellos.

-Que rico por fin poder saborear tu delicioso cuerpo, te he querido coger desde el primer día que te vi, ohhh Dios estas tetas tan enormes no caben en mis manos.

-Camilo, yo estoy también acá, ya es momento que me toques a mí también.

-Tranquila Ana, a ti te he cogido muchas veces, déjame disfrutar de Sofía.

-Si amiga cálmate, hay para las dos.

-cállate Sofía.

Ana agarra a Sofía de la cara y la acerca a sus labios dándole un beso, llenando su boca con su lengua, Camilo besaba las tetas de Sofía mientras con sus manos jugueteaba con las de Ana, es el paraíso para aquellos chicos.

-Tenemos que volverlo a hacer- dice Sofía-

- Por supuesto princesa

- Podría invitar a mi novio para la próxima, claro, si quieren...

Dos semanas después, Ana se pudo desquitar de Camilo; los cuatro en la habitación inventaron un juego para hacer todo más emocionante y picante.

- ¿Que tal un baile sensual? - dice Camilo
- Me parece bien, pero, a medida que va bailando se va desnudando lentamente –dice Mateo- Ana ven frente a mí y has lo mejor de ti, quiero esta noche conocer tu otro don.
- Es un placer bailar para ti.
- Quiero que lo hagas muy pegada a mi entre pierna.
- Dame un momento, iré a fumar un poco de hierba ¿Quieres?
- No, gracias

Dios, esta hierba cada vez es más buena, esta noche quiero tener el mejor sexo del mundo, dos penes, no le dejare nada a Sofía.

Mateo tomó a Ana del culo, lo abrió y metió su enorme pene hasta el fondo del ano, un gran gemido salió de Ana, no esperaba eso tan pronto, pero Mateo no aguanto a que terminara el baile, en cambio Camilo disfrutaba de su vista, a la final ya sabía que la iba a tener como aquella noche, tocaba su piel tan suave, acariciaba cada pezón, sus manos no paraban, su boca bajaba por su vientre llegando a su vagina donde la tomó sin pensar en nada más, saboreaba su líquido, sus piernas no paraban de temblar, la tumbó a la cama, su lengua hacia círculos en su clítoris, sus dedos entraban y salían suavemente, Sofía solo le pedía más y más, le suplicaba, pero él no quería soltarla hasta darle un orgasmo, cada vez sentía más placer, su lengua le dio lo que tanto aclamada Sofía, un rico orgasmo.

- Ponte en cuatro Sofía- dijo Camilo- voy a follarte duro y quiero que gimas muy fuerte, quiero escucharte decir cuánto me deseas.
 - Fóllame muy duro.
 - Recógete el cabello Sofía.
 - Si, hazme tuya, ya no aguanto más, te necesito dentro de mí.
- Mateo deja de follarse a Ana por el culo.
- Ponte de rodillas Ana, quiero que tu boca este frente a mi pene.

-Enseguida.

-Abre la boca, chupa mi pene con fuerza.

Tengo que dar lo mejor de mí esta noche, Mateo es tan delirantemente hermoso, sus ojos azules penetran tanto mi mirada que estallo de placer, quiero que haga conmigo tantas cosas, quiero conocer lo perverso que pueda llegar hacer, mi vagina aclama su pene, pero en este instante él solo quiere a mi boca.

Está a punto de estallar, tira de mi cabello hacia atrás, y bota todo su semen dentro y fuera de mi boca, su sabor es único, lo deseo tanto y esta no será la única vez.

Trascurrido un tiempo después de aquella noche, Ana y Mateo se siguieron viendo a escondidas de sus parejas a veces en sus casas, otras en moteles, sus encuentros cada vez eran más seguidos y pervertidos, Ana sin pensar se iba enamorando de Mateo, pero lo que ella no sabía era que su novio Camilo también se seguía viendo con Sofía. Después de aquella noche todo cambió para Ana y Camilo. Ellos cada vez se iban entregando más, pero sus amantes solo seguían un juego sin parar. Ana empezó a sospechar de algunas llamadas y algunas visitas por parte de Sofía, eso le empezó a generar desconfianza y celos así que les propuso a todos tener otro reencuentro pasional, pero esta vez con algo más.

-Llevaré unas sogas, unas vendas, un látigo- murmuró Ana-

-Yo llevaré unos vibradores – murmuró Sofía-

-Esta mujer cada vez me encantan más, saber que son tan fuera de lo común y que le guste todo esto me vuelve loco –dijo Mateo-

-Yo quiero empezar con Sofía, ven Sofía –murmuró Ana-

Ana toma a Sofía del brazo y la lleva a la mitad de la habitación. Le sujeta las muñecas con la soga y la cuelga en el techo, toma la venda y se la pone en los ojos, le toca la vagina y siente su

humedad, eso la pone cachonda, toma el látigo y le comienza a dar suaves golpes en las nalgas, dejando el trasero rojo y marcado, Sofía pide más, Mateo se acercó y la besó, acarició cada parte desnuda de su cuerpo, su vagina bien abierta esperando la entrada del pene, ella estaba delirando del placer, Mateo introduce su pene dando suaves golpes, Camilo no se puede contener más, va directo a su culo, le da besos desesperado, ella gime sin parar, la toma bien y su pene va directo a la gloria. Aquellos dos hombres se movían como unas bestias hambrientas, necesitaban saciar esas ganas, ella era la indicada para calmar tanta desesperación, pero estaban tan entretenidos olvidando a la pobre Ana que solo los observaba, miraba y miraba, pero sin decir una sola palabra.

-Llego mi turno -grita Ana- desde el fondo de la habitación.

Maldita seas Sofía si crees que esta noche vas a tener a mis hombres, esta noche acabará todo, me podré vengar de cada vez que te follaste a mi Camilo, voy hacerte gritar.

-Chicos por favor vengan y se sientan en estas sillas.

-por supuesto.

-Ana ¿Qué tienes en mente? Tu mirada me dice que la vamos a pasar súper bien- dice Mateo-

- Ven, puedes sentarse en esta silla, te voy atar para que sientas mayor placer y eso mismo haré contigo, Camilo de mi vida.

A estos dos les daré lo que se merecen, mi linda Sofía no sabes lo que le espera.

Ana toma el látigo con más fuerza y le dio tan duro que Sofía en lugar de sentir placer sintió el peor dolor de su vida, por más que intentaba hablar el trapo que tenía en su boca no dejaba salir ni una sola palabra, a Camilo y Mateo solo se les iluminaban los ojos al ver ese rojo ardiente en aquel trasero, tomó dos consoladores metiendo uno por uno en cada orificio, haciendo movimientos de afuera a dentro, le puso unos ganchos en los pezones y empezó a

besarla por todo el cuerpo, agarró otra sogla colocándola en el cuello, se soltó la de las manos, la respiración empezó a disminuir, ella tratando de salvar su vida pero no podía, estaba toda atada, los chicos, desesperados por soltarse, cayeron al suelo haciendo más difícil todo, sus ojos brillaban y esa risa malvada no se borraba del rostro de Ana, en el último suspiro de Sofía, Ana mira con deseo de hacer lo mismo con ellos, de tomar uno por uno haciéndoles sentir dolor, ya estaba más que loca, solo deseaba la muerte sin importar nada.

Ana se acerca a Mateo y lo besa, pero él la escupe en la cara y la maldice sin parar, ella ya obstinada toma un cuchillo y lo desliza por su abdomen, Mateo logra tumbarla al suelo con sus pies y tomar el cuchillo con las manos atadas, poco a poco va logrando cortar la sogla rápidamente, Ana al levantarse y ver que estaba casi suelto sale de la habitación y empieza a correr desesperada en esa oscura noche sintiendo miedo de la muerte, muerte que ella misma quería ocasionar en todos.

- Ven Ana, vengaré la muerte de Sofía, maldita puta –grita Mateo- lamentarás lo que hiciste, te haré algo peor.
- Déjame, ustedes se lo buscaron, tú decías que me amabas, pero nunca quisiste dejarla por mí, así que la quité del camino.
- Eres una enferma.
- Cállate.
- Lo vas a lamentar.
- El orgasmo que me produjo su muerte, te lo dedico a ti, solo para ti.

BEATRIZ JOHANNA CRISTANCHO IBARRA

Facultad de Educación,
Programa Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana.

TRIFULCA DE ESPÍRITUS EN EL CEMENTERIO

La noche fría y lluviosa anunciaba el macabro episodio que estaba por llegar. No se escuchaba ni la algarabía de las aves, tan solo el denso sonido de las gotas haciendo eco sobre las margaritas que se hallaban entre La Última Lágrima; un vetusto cementerio vigilado por Nicolás Larrazábal Bonatre. Viejo cascarrabias, de cejas pobladas, barba blanca y baja estatura, con frecuencia caminaba entre las tumbas y se sentía tranquilo al ser guiado por la lumbre de las luciérnagas; su caminar era despacioso como si contara los pasos, pateaba una que otra piedra y escupía gárgaras de chimó.

La lluvia era fuerte, pero al cabo de un tiempo bajó la intensidad y los nubarrones del cielo dejaron ver el coqueteo de las estrellas. La calma parecía haber llegado, el reloj marcaba las 3:33 am y la gélida brisa sola titiritaba; mientras un leve sereno le daba brillo a la grama sobre la que se veían partículas de flores, aquéllas que traían los fieles, ya marchitas a la merced del olvido; por demás, no se oía el respiro de un grillo, la tranquilidad estaba en hipnosis, alguien hubiese añadido que se trataba de un osario fantasma, pero de un momento a otro... un pavoroso quejido le puso los pelos de punta a aquel silencioso lugar. Era el clamor de varios espíritus quienes desde el otro mundo quisieron venir acá. De inmediato, el viejito Larrazábal se atrincheró en la entrada, desenfundó su revólver y echó mano a las balas, con criterio encañonó a una de las figuras grisáceas, lo que no imaginó fue que en tan solo un parpadear se le desaparecerían.

- ¿Qué se hicieron?
— ¿Dónde están?
— Alto ahí o disparo
— Gritaba el viejo, y bien tembloroso que ya casi se desmayaba. Pronto se formó adentro la querrela, decenas de veladoras al piso, al tiempo que se escuchaban gritos de una desgarradora voz femenina:
— ¡Auxilio!
— ¡alguien que me ayude por favor!
— una almita que se compadezca de mí
— ¿quién me saca de pena?
— Papá ven tú; sí, tú, te estoy viendo, viejo
— soy tu hija Beatriz
— ¡Ay! hijita por Dios
— de veras
— ¿eres tú?
— gritó el viejo, mientras que la gresca tomaba a cada instante mayor misterio. El pobre hombre solo tuvo fuerzas para disparar dos veces al aire, pero complicó más aquello, en tanto que, un fortísimo golpe en la cara lo hizo rodar varios metros.

Minutos después, dos hombres llegaron vestidos de negro, parecían que del infierno vinieran, pero se trataba de un parapsicólogo que junto al cura del pueblo se apresuraron para mediar los hechos, y vieron cómo entre los sabanales la sangre del hombre aparentaba ser un espejo donde se veía hervir coágulos en completo silencio, y allá en los panteones, con una linterna se alumbró rastro de cabello, dos huesos atravesados en cruz y muy cerca de allí incomodaban los gritos de un niño cuyos sonidos se confundían con la jarana del viento. La situación era tan espeluznante que las dos personas se miraban sin despabilar un momento.

La tempestad de la noche guardaba entre sus alas aquel secreto, un florero de nostalgias que iba a entregar su gracia temprana cuando la voz del infante elevó su eco. Sin pensarlo dos veces, el experto en lo paranormal cuestionó el suceso:

— ¿Quién eres y qué quieres?

— ¡Confiesa, jovencito!

— porque aquí ya hay un muerto.

— Soy Ignacio Larrazábal y perdí mi vida cuando tenía seis años como consecuencia de hambre y frío intenso, jamás distinguí a mi papá, sólo sé que mi madre se llama Beatriz Larrazábal Freyre.

— Ay, no puede ser...

— dijo el parapsicólogo.

— Sí señor, y ella todos los días me dio reja, en últimas, me sepultó entre un lejano bosque por lo cual no sé qué es descansar en lugares como éstos. Todo se soluciona si mis huesos son sacados y enterrados aquí. Mi mamá y mi padrastro hace instantes que se fueron, ellos siempre pelean bastante y esta vez no fue la excepción. ¡Cuánto lamento que hayan asesinado al abuelo! en realidad lo que buscaban era apartarme una bóveda. — Concluyó el niño, que de inmediato desapareció por completo.

El parapsicólogo derramó lágrimas, no podía sostener la cámara con la que filmaba aquel encuentro, y con evidente dolor dijo:

— Sé que tu alma sigue aquí entre nosotros

— y cómo me duele decirlo:

— Soy tu padre.

— ¡Hijo, hoy más que nunca te pido que me perdones!

— ¡Pronto tendrás cristiana sepultura!

— Me siento desgarrado, jamás imaginé que eras uno más de los

tantos retoños que tengo, y menos que este cuerpo inerte sea el de mi exsuegro; quien ha quedado con un ojo entre abierto; ¡oh diablos y hasta pareciera que me estuviese viendo! Me duele hasta el alma saber que por mi culpa pasa todo esto. Ahora dejaré que por mí, hable el silencio.

Muy rápido el olor de las flores sucumbió ante el hedor del muerto; mientras que la mañana fue abriendo su velo, y de sus pestañas dejó precipitar una gélida llovizna que terminó de lavar la sangre sobre la que ya zumbaban insectos.

Javier Alfonso Camargo Cruz

Facultad de Educación,

Programa Licenciatura en Lengua Castellana y Comunicación

